LOS HOMBRES de la historia

117

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Guillermo el Conquistador

Centro Editor de
América Latina



George Slocombe

Guillermo es uno de aquellos audaces guerreros de alrededores del año 1000 de nuestra era cuyas acciones perduran en sus consecuencias hasta la actualidad; entre los rudos hombres medievales, él ocupa el primer lugar, ni siquiera disputado por Carlomagno, como el más grande de su tiempo, en especial por la impronta permanente que dejó en la monarquía, en la constitución y en el carácter nacional de Inglaterra.
Guillermo de Normandía fue único en muchos sentidos entre los reyes ingleses: fue el único gobernante de Inglaterra que se convirtió en rey mediante la conquista y ningún otro invasor desembarcó en suelo inglés después de él; nunca antes o después un soberano inglés gobernó como él a conquistadores y conquistados, con mano tan firme y con tanta justicia. El dio nuevas leyes al país sin destruir las antiguas, un gobierno central, un sistema de defensa militar basado en el arriendo de la tierra y mantuvo también el sistema del gobierno regional y de los tribunales regionales que era la mayor realización del antiguo estado inglés. En su inflexible resolución, en su fuerza de carácter, en la amplia visión del gobierno como de una ciencia y al mismo tiempo de un deber, y en su tranquila fe en su propio destino como instrumento del deseo divino, Guillermo sobresalió aún entre sus mayores predecesores y sucesores. Su credo obstinado en su propia misión resulta comprensible cuando se recuerda el curso prodigioso de su vida, desde la infancia oprimida por las amenazas y la forma en que la Providencia parecía velar por el, para guiar sus pasos y proteger su camino.
Fue conocido por los hombres que lo siguieron como Guillermo el Grande y el título se justificaba: también cuando la buena fortuna pareció abandonarlo supo afrontar la adversidad, la derrota y la muerte con noble vigor.
Hubo una nota de grandeza en todo lo que emprendió, en todo lo que realizó, aún en sus errores, aún en sus delitos.
Nació en 1027 o 1028 y murió en 1087 siendo inhumado en Caen, en la abadía de San Esteban.

Esta obra fue publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Franco Occhetto, Andreina Rossi Monti.

117 - Guillermo el Conquistador - Cristianismo y Medioevo
Este es el tercer fascículo del tomo Cristianismo y Medioevo (Vol. 2).
La lámina de la tapa pertenece al tomo Cristianismo y Medioevo (Vol. 2) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 117:

Embajada de Gran Bretaña, Roma: p. 77 (1). P. Malvisi: p. 59 (2,3); p. 60 (1,2); p. 63 (1,2); p. 66 (1,2); pp. 70-71; p. 74 (1-3); p. 78 (1-3); p. 83 (1-3). L. Perugi: p. 64 (I); p. 69 (1); p. 84 (1). Las fotografías de la tapicería de Bayeux han sido realizadas especialmente para esta obra con autorización de la ciudad de Bayeux.

Traducción de Antonio Bonanno.

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en septiembre de 1970.

Guillermo el Conquistador

George Slocombe

1027 (ó 1028)
De Roberto el Magnífico, duque de Normandía, y Arlette de Falaise, hija de un curtidor de pieles, nace Guillermo el Bastardo.

1034
Roberto de Normandía reúne a los barones del ducado y les impone jurar obediencia como a su heredero legítimo, a Guillermo. Luego parte en peregrinaje hacia Jerusalén.

1035
Roberto el Magnífico muere en el viaje de regreso desde Jerusalén.

1037
Erluino de Conteville, un caballero de la corte normanda, desposa a Arlette de Falaise.

1040
Mueren en forma violenta, víctimas de la lucha por el poder en Normandía, los fieles de Guillermo: Gilbert de Brionne, el tutor Turold, el senescal Osbern Crépon, el conde Alain de Bretaña.
Enrique, rey de Francia, realiza su primera incursión en suelo normando.

1041
Concilio de Niza. El clero proclama una tregua de Dios contra la anarquía y las violencias.

1042
Sínodo de Caen, presenciado por Guillermo. Se repite la tregua.

1047
Conjura de Bayeux contra Guillermo de Normandía. Los barones, organizados por Nigel de Coutances, traman su muerte; fallido el golpe, enfrentan a las pocas fuerzas fieles a Guillermo y a las del rey de Francia, que había aceptado correr en su ayuda, en Val-ès-Dunes. Victoria de Guillermo y del rey.

1047-1050
Asedio normando a Brionne, donde se defiende Guy de Borgoña, uno de los principales conjurados de Bayeux.

1049
Guillermo pide por esposa a Matilde de Flandes. León IX, en el concilio de Reims, se opone al matrimonio, por razones de consaguineidad entre los dos.

1050
Guillermo se alía con Enrique contra el feudatario rebelde de éste, Godofredo de Anjou, llamado Martel, y conquista las ciudades de Domfront y Alençon.
Rebelión de Roberto de Mortain, primo de Guillermo. Exilio en la corte de Francia de otro rebelde, el conde de Eu.
Revuelta de Guillermo de Arques, tío de Guillermo y pretendiente al ducado, reprimida prontamente por el Bastardo.

1050-1053
En estos años se sitúa el casamiento de Matilde de Flandes con Guillermo de Normandía. Lanfranc, prior del monasterio de Bec, desaprueba el matrimonio de Guillermo y el monasterio es destruido con las armas y su prior exiliado. El papa excomulga al duque y a Normandía.

1051
Guillermo de Normandía visita a Eduardo el Confesor, su primo y rey de Inglaterra, y tal vez obtiene de éste la promesa de sucesión al trono inglés.

1054
Enrique de Francia se alía con Godofredo Martel de Anjou, proponiéndose reconquistar Normandía. En Mortemer, el ejército del rey de Francia es aniquilado por los normandos. Enrique se retira y Godofredo de Anjou es tomado prisionero y obligado a reconocer la autoridad del duque.

1055
Concilio de Lisieux: proceso y exilio por corrupción y sospechas de magia contra Malgery, arzobispo de Rouen, tío de Guillermo. Lo sustituye Mauril de Fécamp.

1057
El rey de Francia y Godofredo de Anjou reinician las hostilidades contra Guillermo, e invaden en forma conjunta el condado de Hiesmes, tierra natal de Guillermo. El 22 de marzo, victoria normanda de Varaille.

1059
13 de abril. Concilio intimado por el papa Nicolás II en Roma: Lanfranc, reconciliado con Guillermo, defiende su causa.
En prenda del perdón Guillermo y Matilde harán construir cuatro hospitales y dos fundaciones religiosas.

1060
Mueren Enrique, rey de Francia, a quien sucede Felipe, niño, con la regencia de Balduino V de Flandes (suegro de Guillermo) y Godofredo de Anjou.

1064
Muere Erbert II del Maine, y toda la región con su capital, Le Mans, presa de la discordia, es ocupada y anexada por Guillermo. El conde Haroldo de Wessex, cuñado del rey de Inglaterra, Eduardo el Confesor, se halla en Normandía. Guillermo lo hace liberar y obtiene de él la promesa de apoyo en cuanto a su sucesión al trono de Eduardo.

1065
En Inglaterra, revuelta de Northumberland contra el conde Tostig, hermano de Haroldo de Wessex. Tostig es exiliado en la corte de Balduino de Flandes.

1066
5 de enero. Muere Eduardo el Confesor, rey de Inglaterra.
6 de enero. Inhumación de Eduardo en Westminster y coronación en el trono, de Haroldo.
Guillermo envía las primeras intimaciones para que le ceda el reino de Inglaterra. Solicita luego el consentimiento del papa Alejandro IV para la conquista, y lo obtiene.
Mayo. Tostig zarpa de las costas normandas para invadir Inglaterra. Desde Escocia maquina para unirse el danés Haroldo "el Despiadado" (Hardrada).
20 de setiembre. Desembarcadas en Inglaterra, las fuerzas danesas, unidas a las de Tostig y de Malcom de Escocia, toman York.
25 de setiembre. Haroldo, en rápida avan-

zada, llega a Stamford Bridge, cerca de York, da batalla a los daneses y obtiene una aplastante victoria. Haroldo Hadrada y Tostig mueren en el campo de batalla.
27 de setiembre. La flota normanda se hace a la mar y el 28 desembarca en Pevensey Bay; los normandos se instalan en Hastings.
12 de octubre. Haroldo abandona Londres y se apresta a dar batalla a los normandos.
14 de octubre. Batalla de Hastings. Luego de fases alternadas, la batalla se resuelve en favor de los normandos. Haroldo muere en el campo de batalla. El día de Navidad, cumplida la campaña en el sur de Inglaterra, Guillermo es coronado rey en Westminster.

1067
1º de mayo. Consagración de Santa María en Saint-Pierre sur Dives.
1º de mayo. Consagración de Santa María de Jumièges. Lanfranc rechaza el nombramiento de arzobispo de Rouen.
6 de diciembre. Confiada Normandía a Matilde y a su hijo Roberto, Guillermo zarpa hacia Inglaterra.

1068
Revuelta contra los normandos en Inglaterra. Guillermo impone la paz; al domingo de Pentecostés corona a Matilde. Insurrección en el norte de Inglaterra.

1069
27-2 de enero. Insurrectos ingleses destruyen la guarnición normanda de Durham y controlan la región. Campañas de Guillermo para la sumisión del norte. Matilde vuelve a Normandía.
Otoño. Sweyn de Dinamarca invade Inglaterra y derrota a los normandos en York. Guillermo enfrenta y derrota una sublevación en Midlands. Campaña del rey contra ingleses y daneses en el norte.

1070
Guillermo llega a Chester y la conquista. Pascua del rey en Winchester. Un sínodo depone del trono de Canterbury a Stigand y coloca en el mismo a Lanfranc de Bec, que es consagrado el 29 de agosto. Sweyn el danés, acuartelado sobre el Humber, concluye la paz y zarpa de Inglaterra.

1071
Revuelta inglesa dirigida por Hereward the Wake (el Vigilante), en la isla de Ely, enfrentada y vencida personalmente por el rey.

1072
Expedición de Guillermo a Escocia; el rey Malcom hace acto de sumisión. Abril. Concilio de Winchester: Lanfranc obtiene el reconocimiento de la supremacía de Canterbury sobre toda la iglesia inglesa.

1073
Expedición de Guillermo a Normandía para la reconquista del Maine.

1075
Comienzan los desacuerdos de Guillermo con su hijo Roberto.

1076
Conjura inglesa: prisión y ejecución del conde Waltheof (31 de mayo).
1º de abril. Concilio de Winchester: condena del matrimonio de los sacerdotes por parte de Lanfranc. Institución de cortes de justicia separadas para los asuntos eclesiásticos y laicos.
Muere Sweyn de Dinamarca.

1080
Roberto Courtjambes enfrenta victoriosamente a Malcom de Escocia. A su retorno, tiene nuevos desacuerdos con el rey y parte de la corte para siempre.
Sublevación inglesa en Northumberland, sofocada por Odo de Bayeux.
Correspondencia entre Gregorio VII y Guillermo el Conquistador acerca de las relaciones entre el rey de Inglaterra y la Iglesia de Roma, auspiciada por Lanfranc.

1081
Campañas de Guillermo para la sumisión de Gales.

1082
Iniciativa de Odo de Bayeux en cuanto a una expedición a Roma para la conquista del papado; proceso y exilio del obispo por iniciativa de Guillermo.

1083
2 de noviembre. Muere Matilde.

1085
Gran coalición de las fuerzas nórdicas contra los normandos de Inglaterra, encabezada por Canuto el Danés, disuelta por motines y desavenencias internas.
Guillermo instituye una tasa sobre la tierra.

1086
Guillermo organiza la descripción de toda Inglaterra, que constituirá el Gran Libro del Catastro, *Domesday Book.*

1087
Aunque enfermo, Guillermo emprende una expedición contra Mantes. Ocupa e incendia la ciudad, pero cae del caballo y muere el 9 de setiembre, seis semanas después. Ha dejado, por testamento, Normandía a Roberto, e Inglaterra a Guillermo Rufo. Su cuerpo será inhumado en Caen, en la abadía de San Esteban.

1. Sello de Guillermo el Conquistador, París, Archives Nationales.

2. El rey de Inglaterra Eduardo el Confesor. "Telle du Conquest". *(fines del siglo* XI*), Bayeux.*

3. Guillermo a la cabeza de sus caballeros. "Telle du Conquest". *Bayeux.*

En la página 60:

1. Caen: iglesia de la Trinidad o de la "Abbaye-aux-Dames" (fines del siglo XI*).*

2. Caen: iglesia de St. Etienne o de la "Abbaye-aux-Hommes" (fines del siglo XI*).*



1



2



3

El hijo de Roberto el Magnífico

Durante los dos siglos que se concluyeron con el año mil, y en el siglo que siguió, una extraordinaria sucesión de audaces y fantasiosos guerreros zarparon de las costas escandinavas en expediciones de descubrimiento y conquista. Los primeros viajes de Eric el Rojo a Groenlandia y Norteamérica, la larga serie de correrías danesas a las islas británicas, las gestas de Haroldo Hardrada (el Despiadado), de otros famosos guerreros nórdicos en Europa oriental y en Asia Menor, el asedio de París y de Chartres por parte de los primeros normandos, las gestas de sus descendientes en España, Italia y Sicilia, y finalmente la conquista de Inglaterra por el más famoso de todos ellos, tuvieron singulares e imprevistas consecuencias para el mundo occidental. En algunos casos tales consecuencias no fueron duraderas; en otros, resistieron hasta la actualidad. Guillermo el Conquistados dejó una impronta permanente en la monarquía, en la constitución y en el carácter nacional de Inglaterra; entre los rudos guerreros medievales, él ocupa el primer lugar, ni siquiera disputado por Carlomagno, como el más grande hombre de su tiempo.

Guillermo el Conquistador era el descendiente directo del primer duque de los normandos, Rolón o Roberto o Rou, un jefe de piratas escandinavos. Rolón, llamado por sus hombres Rolón el Jefe, o el Vencedor, era hombre de gran talla, para quien ningún caballo era suficientemente alto. Era hijo de uno de los nobles más apreciados por Haroldo Fairhair (bella cabellera), el rey de Noruega. Rolón había sido desterrado por su príncipe, por haber desafiado una prohibición real dirigida contra la antigua costumbre de piratear en las costas por las que navegaban, por lo que él indujo a sus secuaces a armar sus veleros y zarpó en dirección a las Hébridas, donde otros proscriptos escandinavos se habían reunido. Desde la Hébridas, Rolón y sus compañeros se embarcaron en sus *drakkar*, o veleros del dragón, en una expedición pirata por el sur . En rápido descenso, los escandinavos llegaron a Francia y a la desembocadura del Sena, y realizaron destructivas incursiones hasta Jumièges, conquistaron Rouen, asediaron a París y a Chartres, y durante dieciséis años asolaron todos los territorios entre el Sena y el Loira, hasta que no quedó ni un buey ni un carro en los campos, ni grano ni viñas que se salvaran del saqueo.

Carlos III el Simple, reunido con sus señores en consejo, no pudo ignorar las presiones en cuanto a pactar con los piratas. Luego de arduas negociaciones, en 912 tenía lugar la histórica ceremonia de la constitución del ducado de Normandía; Rolón pasaba a ser vasallo del rey, se convertía con los suyos al cristianismo, desposaba a Giselle, hija del rey.

Cinco duques de Normandía reinaron entre Rolón y su gran descendiente, Guillermo el

Conquistador. Los primeros duques, como el más grande de todos ellos, eran hijos de favoritas. Así Guillermo Larga Espada, sucesor de Rolón, era hijo de la amante del padre, Popa de Bayeux. Ricardo I, llamado el Temerario, era el hijo de Guillermo y de la amante de éste, Sproty. Ricardo se casó con la hija del rey de Francia, Hugo de París, pero sus muchos hijos nacieron de su amiga Gunnor, la bella cuñada de uno de sus guardabosques, a la que había conocido durante una partida de caza. Cuando la hija del rey de Francia, murió, Ricardo desposó a Gunnor.

Entre los hijos de Gunnor estaba Ricardo II el Bueno y la hermana más joven, Emma, que se casó con dos reyes de Inglaterra, Etelredo el Imprudente y su gran adversario danés Canuto, y fue madre de un tercer rey, Eduardo el Confesor. Ricardo el Bueno tuvo tres hijos y tres hijas de Judith de Bretaña. Su sucesor Ricardo III reinó durante un breve período, y murió envenenado, después de un banquete cuyos otros participantes también murieron. Su hermano Roberto, con quien el duque Ricardo había disputado, fue acusado de haber dispuesto el veneno, pero la acusación, si bien verdadera, no impidió a los barones normandos elegir al hermano menor, de personalidad más viva y decidida, como sucesor de Ricardo.

Roberto, que recibiera el sobrenombre de el Magnífico por sus maneras ostentosas y extravagantes, fue hombre de comportamiento muy contradictorio; a juzgar por su sobrenombre, el envenenamiento muy difícilmente podría comprenderse en un hombre que supo renunciar al ducado para marchar en devoto peregrinaje a Jerusalén, y entrar en modo clamoroso en Constantinopla sobre una mula enjaezada con oro macizo.

Es recordado en la historia como héroe de novela: el romance de Roberto y Arlette de Falaise, la hija de un maestro curtidor de pieles llamado Fulberto, que luego fue hecho chambelán de la corte ducal. Arlette y sus criadas lavaban ropas en el Ante, el pequeño arroyo que corre al pie del castillo de Falaise, cuando el conde Roberto dell'Hiesmois, hermano del duque reinante, pasó a caballo con su halcón sobre el brazo, al regresar de la caza. Era la primavera de 1027; Roberto contaba entonces dieciséis años, y Arlette era más joven aún. El adolescente se sintió conmovido por la belleza de Arlette, y Arlette fue igualmente impresionada por el bello aspecto y los modos atrayentes del conde.

La leyenda adorna con detalles románticos el encuentro y la unión de los jóvenes. El hecho es que Arlette se convirtió en amante de Roberto, y éste estuvo muy ligado a ella. Si pronto se casó con Estrid, hermana del rey Canuto de Inglaterra, muy pronto la repudió para volver a Arlette y a su bastardo.

El futuro conquistador nació a fines de 1027 o a comienzos de 1028. Algunos meses



1



2

después del nacimiento del hijo, Roberto sucedió al hermano, Ricardo III, y dejó el castillo de Falaise por la corte ducal de Rouen, adonde Arlette y el niño lo siguieron poco después.

Cuando Guillermo contaba seis o siete años, Roberto el Magnífico tomó la decisión que más que ningún otro acto suyo cambiaría los destinos de Normandía y de Inglaterra. Emprendió un viaje a Jerusalén, influido por la tendencia a los peregrinajes que impulsaba a tantos reyes, príncipes y nobles de Occidente; o bien, como insinuara alguno de sus enemigos, impulsado por el remordimiento por la parte que le correspondiera en la muerte de su hermano Ricardo III. La alocución a los barones, al partir, fue característica de Roberto: cuando los grandes del ducado le reprocharon el que los dejara sin protector, él les presentó a su hijo Guillermo, que entonces era sólo un robusto muchachito: "A fe mía —dijo— no tengo intención de dejaros sin un príncipe. Tengo un pequeño bastardo que se convertirá en hombre valeroso. Por ello os ruego, por la obediencia que me debéis, que lo aceptéis como a vuestro señor."

A aquellas palabras siguió una espectacular ceremonia: los grandes barones, abates y obispos de Normandía se adelantaron uno por vez para jurar obediencia al hijo de su señor, poniendo las manos entre las suyas para conferir solemnidad al juramento. Aquella brillante y atractiva figura de hombre del Renacimiento que había nacido en la época oscura, no volvería de su última aventura. Cayó víctima, como muchos de los cruzados que lo siguieron luego del fin del siglo XI, no del veneno, como se supuso, sino de la fiebre cuartana. Murió a los veinticinco años y fue sepultado el 2 de julio de 1035 en la iglesia bizantina de Santa María, en Nicea.

Si bien otros descendientes directos de Rolón eran hijos ilegítimos, y buen número de los grandes barones y obispos del ducado eran el producto de uniones carentes de la confirmación del sacramento, sólo Guillermo parece haber debido soportar con alguna dificultad la vergonzosa condición de bastardo. Tal vez a causa de la influencia creciente de la Iglesia, o por la conciencia social más aguda de la nueva nobleza normanda, Guillermo debió combatir, desde el momento de su sucesión al ducado, contra la ilegitimidad de la que se lo hacía culpables. En años posteriores, cuando el orgullo herido se convirtió en coraza de defensa, él fue capaz de transformar aquel epíteto en título honorífico: *Willelmus Nothus* él se define en un documento real, "Guillermo el Bastardo".

El primer acto público de Guillermo como duque de Normandía se cumplió en la consagración de un nuevo monasterio en Préaux, fundado por Hubert de Vieilles, señor de Pont Audemer, a quien el duque Roberto había enviado dádivas y un permiso para la fundación.

En 1037, cuando ya no había esperanzas de que Roberto volviera de Jerusalén, Erluino de Conteville desposó a Arlette. Pero aún después del matrimonio de Arlette la revuelta tempestuosa estalló contra su hijo Guillermo. El juramento de fidelidad que Roberto había conseguido de sus barones fue violado tan pronto las noticias de la muerte del duque llegaron a Normandía. Los barones abandonaron la corte, volvieron a sus territorios, y comenzaron a construir febrilmente fortalezas, tanto para defenderse de las ambiciones de los otros como contra los protectores del duque. Aparecieron así los primeros castillos de piedra, inspirados por las obras de Foulque el Negro, conde del vecino territorio de Anjou. Y comienza entonces en Normandía una época de violencias como pocas otras regiones de Europa tuvieron oportunidad de experimentar, entonces o en los siglos siguientes. Una oleada de delitos y asesinatos se extendió sobre el país y sus primeras víctimas fueron los hombres más cercanos al joven Guillermo. Gilbert de Brionne, a quien Roberto había nombrado protector de su hijo, fue matado mientras se hallaba conversando pacíficamente con su hermano Jocelin de Pont Echauffour. Su asesino era Roberto, miembro de la gran casa de Giroye. Aparte de Gilbert de Brionne, él asesinó también a su propio hermano Foulque de Giroye, sostenedor de Gilbert y del joven duque. El castillo de Gilbert, en Brionne, pasó a las manos del primo de Guillermo, Guy de Borgoña, que aparecerá más adelante en esta historia.

Los otros protectores inmediatos de Guillermo cayeron a su vez. Turold, su tutor, fue matado por manos desconocidas. Guillermo se puso bajo la protección del senescal Osbern Crépon, en Vaudreuil, un castillo en una isla, en el río Eure. Una noche el castillo fue ocupado por Guillermo de Montgomery, con una banda armada, y Osbern fue apuñalado en su lecho. Los asesinos ignoraban que Osbern compartía el lecho con el joven duque, quien despertó cubierto por la sangre del senescal.

Otro de los protectores de Guillermo, el conde Alain de Bretaña, murió en 1040; envenenado mientras se hallaba asediando un castillo de Guillermo de Montgomery; murió en Vimoutiers, cerca de Argentan.

Los años siguientes de la vida de Guillermo permanecen en la sombra. Fue sacado del lecho ensangrentado de Osbern por su tío materno, el hermano de Arlette, Gautier Fulbert, y se ocultó de sus enemigos en las casas de sus súbditos más humildes, los campesinos y los leñadores, en la profundidad de los bosques normandos. La gente que lo ocultaba sospechaba en parte el rango del joven huésped, pero lo protegió fielmente. De aquellos primeros contactos con hombres de la tierra, Guillermo conservó durante toda su vida el respeto por los campesinos y los trabajadores de los campos; esto se reflejó en la severidad con que él castigó toda agresión contra los hombres que atendían el pacífico trabajo de los campos.

Guillermo, duque de Normandía

En los relatos de delitos y pillaje, laboriosamente trazados por las plumas de ganso de los monjes, Guillermo de Jumièges y Ordéric Vital, sólo es posible percibir escasa motivación política. La revuelta contra el joven duque Guillermo fue una revuelta individual de los barones, no de partidos. Codicia, envidia, antiguas cuestiones familiares, fueron protagonistas de aquellas luchas, desastrosas como guerras propiamente dichas. Sin duda Enrique, rey de los franceses —que estaba lejos de ser rey en toda Francia, dado que estamos en plena época feudal y así lo muestra el mismo caso de Normandía— y los nobles vecinos de Normandía observaban con ojos fríos y calculadores las sanguinarias contiendas, prontos a intervenir cuando conviniera a sus propios intereses. Un ducado normando sólido e independiente entre París y el mar habría constituido un peligro continuo para los flancos del estado francés, peligro que subsistió hasta el reinado de Felipe Augusto.

Cuando Enrique decidió que había llegado el momento de intervenir en Normandía, olvidó, porque le convenía, su deuda personal con Roberto el Magnífico y la promesa de proteger al joven vasallo Guillermo. Su primera jugada en este partido de ajedrez fue reclamar la posesión directa de la fortaleza del confín de Tillières, en el pequeño río Avres, construida por Ricardo I de Normandía un siglo antes para defenderse de los condes de Chartres. Enrique declaró que la presencia del castillo de Tillières en la frontera de sus dominios no podía ser tolerada por más tiempo, realizó una afortunada incursión en Normandía, ocupando la fortaleza y asolando luego el condado de Hiesmes, tierra natal de Guillermo. El joven duque no pudo más que sufrir la prepotencia del rey, pero en cambio supo organizar una expedición punitiva contra uno de los suyos, que había aprovechado la crisis en beneficio propio: Toustain Goz, hijo de Ansfred el Danés, fue desterrado y sus tierras de Falaise confiscadas en favor de Arlette. Guillermo de Poitiers, que fue soldado antes de convertirse en sacerdote y capellán del duque, habla del joven Guillermo como de una admirable figura de guerrero a caballo, hábil en el uso de la lanza y de la espada. Los peligros y las dificultades de sus primeros años le habían signado prematuramente el rostro con una expresión de gravedad, pero él se comportaba con tal gracia y tal dignidad que impresionaba aún a sus adversarios. Su política para con los barones rebeldes parece haber estado compuesta por partes iguales de condescendencia y coerción. Gradualmente eliminó de sus reuniones de consejo a los inexpertos, a los caprichosos,

a los interesados y a los pusilámines de entre sus barones, y dio relieve creciente a su propio juicio, sostenido por el de los hombres que por experiencia sabía que eran justos y prudentes. Al fin, la política conciliatoria de Guillermo produjo sus frutos. La Iglesia había proclamado una tregua de Dios en el concilio de Niza en 1041. El año siguiente, en Caen, Guillermo reunió un concilio de prelados y barones y el concilio concordó en la excomunión de quien deseara quebrar la tregua, que prohibía todos los combates entre la noche del miércoles y la mañana del lunes durante la Cuaresma y el Advenimiento, y las rogativas hasta Pentecostés. Los hombres del séquito armado del duque, que se consideraba que tenían funciones policiales en el ducado, estaban expresamente excluidos de las medidas de la tregua.

La tregua aportó un breve período de tranquilidad a Normandía, pero antes de que pasaran cinco años toda la nobleza del ducado se había levantado en armas contra el duque, y esta vez los más fanáticos entre los rebeldes eran aquellos de los sectores más marcadamente escandinavos del ducado. El corazón y el centro de la rebelión eran las regiones de Bayeux y de Coutances, pero el instigador y el cabecilla era el mismo primo de Guillermo, Guy de Borgoña.

El complot contra Guillermo fue preparado en Bayeux, en el corazón de la región disidente. Pero la conjura fue descubierta por el bufón del duque, Gollet, quien sentía gran afección por su joven amo. Guillermo, despertado durante el sueño en una casa de Valognes, en la que se hospedaba, escapó a la muerte por un período de pocas horas. Ayudado en la fuga desesperada y solitaria a caballo por el fiel Hubert de Ryes, conde de Bayeaux —que luego tendría recompensas en tierras y títulos para sí y para sus hijos—, decidió impulsivamente pedir la ayuda del rey de Francia, que sin embargo se había mostrado frío, pocos años antes, al especular acerca de la escasa cohesión interna de Normandía. Por una vez el vínculo feudal funcionó. Enrique estuvo de acuerdo en alcanzar a los secuaces de Guillermo con un pequeño contingente de caballeros vasallos suyos, éste volvió a Falaise para dirigir a los hombres que continuaban siéndole fieles.

Los barones rebeldes y sus séquitos, al avanzar hacia el oeste, se encontraron con los ejércitos del rey y del duque en un punto al sudeste de Caen, en el triángulo formado por las dos rutas modernas entre Caen y Falaise y entre Caen y Lisieux. El lugar era conocido como Val-ès-Dunes (Valle de las Dunas). Allí, en un día no preciso de 1047, Guillermo combatió en su primera batalla.

A pesar del número efectivo de caballeros, arqueros y armados reunidos en el campo, según parece el combate se resolvió en una serie de cargas de caballería, de encuentros individuales, entre poco menos de mil caballeros. Los otros ejércitos tuvieron un rol escaso o nulo en el encuentro, que se decidió antes de que tuvieran que intervenir todos. Los sonidos vibrantes de la batalla, los gritos que se alzaban de mil gargantas, los gritos normandos de "Dieux aie" [Dios ayuda], los franceses del rey "Montjoy et Saint Denis", y también las invocaciones de los escandinavos a Thor y Odin, el fragor de lanzas y espadas, y el relinchar y el patalear de los caballos, se oyeron hasta Caen, como muchos siglos más tarde el fragor de una batalla mucho mayor entre ingleses, canadienses y alemanes se hizo sentir en esta misma ciudad.

La victoria del rey francés y de su vasallo normando fue completa, y se cuenta que Enrique la celebró otorgándole el título de caballero a Guillermo en el campo de batalla.

La victoria de Guillermo en Val-ès Dunes volvió la suerte en su favor, y también los ciudadanos de la capital, Rouen, "humillaron hasta lo más íntimo, se narra, la insolencia que habían mostrado para con el joven duque". Diversos castillos sólidos de piedra, construidos por barones durante el período de rebelión a Guillermo, fueron destruidos por orden suya. Contra el castillo de Brionne, en el que Guy de Borgoña, impenitente, se había atrincherado con una numerosa compañía de caballeros, Guillermo comenzó las operaciones de asedio, que duró tres años, y al fin de este período Guy negoció la paz; se le perdonó y se admitió que viviera en la corte, pero fue obligado a ceder el castillo.

Normandía conoció cierto período de paz interna, y Guillermo también pudo alejarse de sus confines para prestar ayuda a su soberano y aliado Enrique de Francia, en discordia con otro de sus vasallos, Godofredo conde de Anjou, del sonoro apelativo de Martel, el Martillo, advertencia a sus enemigos de los duros golpes que podían esperar. Recientemente se había adueñado de la ciudad de Tours sin pedir el consenso de su señor Enrique, y éste llamó en su ayuda a Guillermo de Normandía para castigar al vasallo desobediente.

Godofredo, complacido, justificó la intervención de Guillermo presentando pretensiones acerca del condado de Maine, que separa Anjou de Normandía.

Acentuó su nuevo poder en los confines del ducado apoderándose de dos fortalezas limítrofes entre el Maine y Normandía, las de Domfront y de Alençon. Postergando para más luego a Alençon. Guillermo dedicó sus energías a la conquista de Domfront.

Puesta en asedio Domfront, aislada de todo aprovisionamiento, desbaratada la expedición de socorro de Godofredo Martel sólo con la fuerza del temor que inspiraba la perspectiva de un encuentro directo con él, Guillermo condujo al grueso de su ejército a la reconquista de Alençon; el castillo y la ciudad, en un tiempo dominio de un enemigo acérrimo del duque normando, Guillermo de los condes de Bellême, llevaban la vida rapaz de los vigías de la frontera, y tenían razones para temer la rígida justicia de Guillermo.

El asedio de Alençon signó una etapa importante de Guillermo como hombre de guerra. No sólo lo reveló, en una edad precoz, como maestro de astucia y estrategia; lo señaló también como hombre que podía mostrarse implacable en la guerra. Fue allí donde una broma atroz acerca de los orígenes plebeyos del Bastardo provocó su ira: por orden suya, treinta y dos personas fueron horriblemente mutiladas.

La guarnición del castillo, como la defensa de Domfront, se rindieron y obtuvieron clemencia.

De esta guerra de puestos de frontera, Guillermo volvió a Normandía para encontrar que la rebelión todavía ardía entre algunos de sus más poderosos vasallos. Una conspiración de Guillermo de Mortain, primo del duque, le proporcionó a éste la oportunidad, según el comentario de Guillermo de Jumièges, de humillar a los poderosos miembros de la familia del padre y cubrir de honores a los humildes descendientes de su madre, Roberto y Odo, los hijos de Arlette y Erluino, que tendrían una parte importante en la conquista de Inglaterra.

La revuelta de Guillermo de Arques fue un asunto más serio. El conde de Arques era hermanastro de Roberto el Magnífico, y por lo tanto tío del duque Guillermo. Hostil al sobrino, tomó la torre de Arques y se proclamó a sí mismo públicamente duque legítimo. Se desencadenó una guerra propiamente dicha, que dio ocasión para que Enrique, rey de Francia, preocupado por la solidez del nuevo astro normando, se convirtiera en peligroso aliado del conde de Arques. Pero tanto el ejército del rey como los defensores de la ciudad sucumbieron a la eficaz estrategia y a la pericia guerrera del duque. Arques se rindió, y el conde con los suyos experimentó la magnanimidad de Guillermo, quien no deseó castigar al rebelde sometido.

Pero otras rebeliones se preparaban, y Enrique de Francia, si bien detenido en su propósito de humillar al joven duque, no lo había abandonado del todo.

El matrimonio con Matilde

La cuestión del matrimonio de Guillermo con Matilde de Flandes se planteó por vez primera durante el paciente asedio al castillo de Brionne. Había pocos combates efectivos, y Guillermo tenía tiempo suficiente para ocuparse de otras empresas más urgentes. En los tres años que siguieron a la victoria de Val-ès-Dunes, en 1047, hasta 1050, durante los cuales continuó el asedio, Guillermo se vio implicado en sucesos mucho más importantes que aquel que provocó su ocasional presencia en el valle del Risle, y primero entre todos fue

1



2

1. *Construcción de la flota.*
"Telle du Conquest". *Bayeux.*

2. *La flota normanda atraviesa la Mancha.*
"Telle du Conquest. *Bayeux.*



1

1. Vista actual de Rouen.

su encuentro con el gran Lanfranc. Lanfranc era mayor que Guillermo en alrededor de veinte años. Había nacido en Pavia (Italia) en torno a 1005, y había viajado por los Alpes del norte, como estudiante laico, hasta que llegó a Avranches, donde enseñó durante cierto tiempo en la famosa escuela teológica. Allí, atraído por la devoción y la simplicidad de los monjes del monasterio de Bec, fundado cerca de Brionne por el rudo y austero Erluino, un guerrero que se había convertido en monje durante el reinado de Roberto el Magnífico, Lanfranc había ingresado en la orden monástica y cuando Guillermo lo conoció era prior de aquella gran fundación. Lanfranc estaba destinado a tener una parte relevante en la vida de Guillermo, no sólo como consejero político y eclesiástico, y como su abogado en la disputa contra el papa a propósito del matrimonio irregular con Matilde, sino también como su futuro compañero de gobierno en Inglaterra. Matilde era hija del buen Balduino V, conde de Flandes, y de Alelis de Francia. Su madre era hija del rey Roberto I y hermana del soberano reinante Enrique I.

En el aspecto político, para el joven duque se trató de un brillante encuentro. Flandes comprendía entonces territorios incluidos en la actualidad en Bélgica, en Flandes francés y en Lorena. El señor de Flandes era caballero del Sacro Imperio Romano, importante vasallo del emperador y a menudo árbitro entre el emperador y el rey de Francia.

Las primeras proposiciones a Balduino por su hija fueron hechas, según parece, en 1049. Fue en aquel año que el papa León IX, en el concilio de Reims, se opuso formalmente al matrimonio porque entraba en la prohibición de la Iglesia en cuanto a las uniones comprendidas en cierto grado de consanguineidad. Pero el papa León IX se rehusó a dar su consentimiento al matrimonio también por razones políticas obvias, la principal de las cuales era que el padre de Matilde, Balduino, estaba empeñado en una controversia con el emperador, con quien el papa mantenía buenas relaciones en ese momento.

Pero Balduino el Bueno desafió la prohibición papal. En un día que se sitúa entre 1050 y 1053, la corte de Flandes escoltó a Matilde al castillo limítrofe de Eu, perteneciente al duque normando, donde se anunció el compromiso. Más tarde, en la capital de Guillermo, Rouen, el matrimonio fue celebrado oficialmente por el arzobispo Malgery.

Poco antes o poco después del matrimonio, un triste desacuerdo ensombreció las relaciones hasta entonces cordiales entre Guillermo y Lanfranc. Según se narra, Guillermo solicitó a Lanfranc la aprobación de su matrimonio, a despecho de la condena papal, y éste se negó. Luego de lo cual

sufrió uno de sus raros pero cada vez más terribles ataques de ira, y ordenó que Lanfranc fuera separado de su cargo en el priorato de Bec y desterrado de Normandía; también ordenó que se destruyera una parte de las posesiones de la abadía. La secuela de este incidente está narrada en las crónicas de Bec: toda Normandía cayó bajo la interdicción proclamada por el papa a continuación del desafío a su prohibición del matrimonio por parte de Guillermo, y los culpables fueron excomulgados.

No existen testimonios que indiquen cuánto tiempo duró el estado de excomunión, o cuál fue el grado de su rigor. Tampoco se sabe exactamente cuándo ocurrió la disputa con Lanfranc, o cuándo éste fue desterrado por Guillermo. Pero la reconciliación con Guillermo ocurrió pronto, y en modo gracioso.

Ya fuera por azar o intencionalmente, el día de la partida de Lanfranc de Bec, Guillermo lo encontró en el camino. El prior cabalgaba en una pobre bestia, coja de una pata; Guillermo le preguntó por qué demostraba tan poco apuro por cumplir la orden de destierro; Lanfranc replicó alzando los hombros: "Esto depende de ti. Deberías darme un caballo mejor." El duque lanzó una carcajada ante la adecuada respuesta. La gracia y la rapidez del monje habían vencido su rencor, y desde aquel momento Lanfranc gozó nuevamente de su amistad y y confianza.

Lanfranc asumió la tarea de obtener la revocación de la excomunión; partió hacia Roma, donde debía solucionar un problema y donde un nuevo papa, Nicolás II, ocupaba el trono del apóstol. Lanfranc estaba comprometido en una disputa teológica con el que había sido su maestro, Berengario de Tours, famoso dialéctico de aquellos tiempos, acerca de la definición precisa de la eucaristía. En aquel momento Berengario había sido convocado ante el concilio de Letrán para defender sus errores,y Lanfranc pidió el privilegio de denunciar las herejías de su opositor frente a la mayor asamblea de teólogos de la Iglesia. El concilio había sido convocado para el 13 de abril de 1059, y la victoria lograda por el campeón de la ortodoxia, Lanfranc, sobre el herético Berengario, impresionó sin duda al papa Nicolás II y al concilio en su favor. Los argumentos que presentó a continuación para el reconocimiento del matrimonio del duque Guillermo de Normandía y de Matilde de Flandes, fueron acogidos sin mayores dificultades. Sus argumentos fueron sobre todo políticos, así como las razones de la oposición de León IX al matrimonio habían sido sobre todo políticas. Lanfranc afirmó claramente que Guillermo había decidido conservar a su mujer. Aun cuando hubiera deseado repudiarla, y no era éste el caso, la valentía del padre de ella, Balduino de Flandes, no le habría permitido acoger pasivamente el retorno de la hija. Ciertamente habría habido guerra entre Flandes y Normandía, y se habría derramado inocente sangre cristiana. Lanfranc obtuvo su victoria no sin que se impusieran y se aceptaran penalidades.

El castigo impuesto a los culpables por el matrimonio fue relativamente pesada, pero resultó en mayor gloria para ellos en los años siguientes. Se solicitó a Guillermo y a Matilde que construyeran cuatro hospitales para ciegos, enfermos y ancianos en las mayores ciudades de Normandía —Rouen, Bayeux, Caen y Cherbourg— y también se les ordenó que fundaran y mantuvieran dos monasterios de religiosos, uno para mujeres y otro para hombres. Éste fue el motivo de la presencia, en Caen, de dos de los más nobles monumentos de arte románico del siglo XI: la Abbaye-aux-Hommes (abadía de los hombres) de Guillermo, dedicada a San Esteban, y la Abbaye-aux-Dames (abadía de las mujeres) de Matilde, dedicada a la Santa Trinidad. El matrimonio de Guillermo fue fecundo. Matilde le dio cuatro hijos varones y cuatro, o tal vez cinco, mujeres; los hijos eran, en orden de nacimiento, Roberto, llamado Courtjambes, Ricardo, que murió joven a continuación de un accidente de caza en los bosques * de Guillermo; Guillermo, el Rojo, que fue sucesor de su padre como rey de Inglaterra, y también él, por extraña coincidencia, halló la muerte en los bosques; y Enrique Beauclerc, el futuro Enrique I.

En cuanto al nombre, al número y al orden de nacimiento de las hijas de Guillermo, se tienen noticias más inciertas (probablemente fueron cuatro).

Mortemer y Varaville

Mientras Lanfranc estaba en Roma ocupado en las largas negociaciones con el papa, Guillermo defendía su ducado de un nuevo ataque de su señor, y, por vía de matrimonio, su tío, Enrique de Francia. Éste se había aliado con los más débiles de sus vecinos y vasallos en contra del más fuerte. Ahora, declarando que el enfeudamiento original de Normandía por parte de Carlos el Simple a Rolón el vikingo era nulo y carente de valor, el rey Enrique anunció que reconduciría a Normandía a la posesión directa de la corona de Francia.

La alianza de Enrique y Godofredo de Anjou demostraría ser el peligro más grave al que Guillermo el normando se habría enfrentado jamás. Ya desde hacía algunos años, los barones normandos descontentos, en exilio voluntario en la corte de Francia, habían acunado sus rencores para con el duque. Muchos de ellos se odiaban intensamente entre sí, pero veían en el duque a un enemigo común. En este punto el rey francés reunió a los ambiciosos barones llenos de rencor con sus séquitos, pidió refuerzos en Borgoña, Aquitania y Auvernia, e invitó a Godofredo Martel a reunir tropas del mismo modo. El rey dividió sus considerables fuerzas en dos comandos separados: uno, que se reservó, controlaba un ejército en la margen izquierda del Sena. El otro, sobre el lado del río, estaba confiado a su hermano Odo, o Eudes. Con una ofensiva combinada de los dos ejércitos, y un movimiento en forma de tenaza, se propuso rodear Normandía y su capital, Rouen, en un doble abrazo. También Guillermo dividió sus fuerzas, notablemente inferiores en número respecto a las de sus invasores, en dos ejércitos distintos, y esperó el encuentro. Condujo a los normandos a sus órdenes a izquierda del Sena —los que quedaron frente al rey francés en persona— y confió a su hermanastro Roberto la conducción de los normandos en la margen derecha. Esta fue la parte del ejército que primero tomó contacto con el enemigo.

Odo, hermano del rey, estaba con sus franceses en Mortemer-en-Braye, cuando fue sorprendido por la noche luego de la ocupación. Él huyó, pero su ejército sufrió horrible destrucción.

Guillermo decidió hacerle saber al rey Enrique de la derrota de los suyos en el modo más dramático, encargándole el mensaje a Rodolfo de Tosny, sobrino del famoso Roger, terror de los sarracenos de España. En plena noche, acercándose al campo enemigo, Rodolfo de Tosny, con voz apocalíptica, anunció la peor noticia que puede oir un soldado dormido en un país enemigo. Cuando amaneció, los espías normandos trajeron la noticia de que el campo de Enrique estaba desierto. El rey había reunido a sus secuaces aterrorizados, y con rapidez había emprendido el regreso a sus dominios.

Luego fue posible realizar tratativas de paz con Enrique, y Guillermo supo, inmediatamente después, liberarse de la amenaza que constituía Godofredo Martel de Anjou. Descubierta la tentativa de éste en el sentido de desmantelar la poderosa fortaleza de frontera normanda en Ambrières, en la unión de los ríos Varenne y Mayenne, lo hizo prisionero.

Tres años después de la batalla de Mortemer, Enrique no había podido olvidar la derrota. En marzo de 1057 se reunió con Godofredo, inquieto y humillado por el reciente cautiverio, en su capital de Angers, y los dos aunados por el adversario común, se propusieron invadir Normandía una vez más con un gran ejército de caballeros. Los dos ejércitos invadieron Normandía, poniendo en gran dificultad a Guillermo, encerrado en Falaise. Pero, llegados prácticamente sin problemas hasta el río Dives sufrieron, divididos por la creciente repentina del río, una durísima derrota por mano de las fuerzas guiadas por Guillermo, inferiores en número.

* Reservas boscosas de caza sometidas no al derecho común del reino, sino a la voluntad real.

1. Guillermo en consejo con los hermanos, el obispo Odon y Robert de Mortain.
"Telle du Conquest". *Bayeux.*

2. Guillermo se prepara para el combate.
"Telle du Conquest". *Bayeux.*

En la página 69:
El castillo de Falaise.

En las páginas centrales:
La caballería normanda.
"Telle du Conquest". *Bayeux.*



1



2

Sus caballeros se precipitaron a la carga por la costa de Bavent, sus campesinos se encaramaron al estrecho empedrado y se unieron a aquéllos, con largos cuchillos y cayados. Y también los arqueros normandos hicieron su primera aparición en un un campo de batalla. Una lluvia de flechas mortales cayó sobre los caballeros, del rey y angevinos, apiñados en el antiguo camino hacia Varaville.

La sorpresa fue completa y la victoria normanda aplastante.

Fue la última invasión de Normandía, por parte de los dos obstinados y desafortunados capitanes. Una vez más Guillermo había evitado un encuentro directo con el príncipe, su soberano, en suelo normando. Tres años más tarde, en 1060, tanto Enrique como su vasallo Godofredo murieron. Luego de la derrota de Varaville, el martillo de Anjou —¡impropiamente llamado así!— entró en un monasterio, y sus últimos años transcurrieron en una paz que él había negado a sus vecinos y que hallaba en forma tardía para sí mismo. Por una ironía de la suerte, sus ambiciones, duramente contrariadas durante su vida, fueron realizadas por su nieto, Godofredo IV de Anjou. Éste se casó con Matilde, nieta del vencedor de Varaville, y fundó la línea Plantagenet de los reyes de Inglaterra. Así, los descendientes de Godofredo Martel reinaron sobre Anjou, Normandía e Inglaterra.

El año 1060, en el que murieron sus dos adversarios, Enrique y Godofredo de Anjou, trajo un período de paz a Guillermo. El heredero de Enrique era un menor, Felipe, y era regente de Francia el suegro de Guillermo, Balduino de Flandes. Mientras duró la minoridad de Felipe, Normandía tuvo paz segura en los límites meridionales. El Bastardo de Falaise, tenía entonces alrededor de treinta y dos o treinta y tres años. Él había conseguido éxitos donde sus precedesores siempre habían fallado. Había disciplinado a la salvaje sangre vikinga, la había reconducido a su dominio, había centralizado el gobierno de Normandía como nunca antes lo había estado. Además, se había casado con el mejor partido de la cristiandad de Occidente. Había instaurado una justicia rígida en su territorio, un código de leyes, duro pero justo, que protegía al pastor en la pastura, al comerciante en su negocio, al artesano en su taller y al sacerdote en el altar. Con el fervor religioso que habían mostrado aquellos rudos vikingos en el primer entusiasmo de la conversión, aun en los períodos de los más atroces hechos sanguinarios, iglesias y abadías habían surgido por doquier. El mismo Guillermo había financiado y cuidado personalmente la construcción de más de treinta abadías, aparte de las dos famosas fundaciones de Caen. El lozano verdor de los valles normandos estaba salpicado de blancos muros y torres nuevas, construidos en la piedra clara y resistente de Caen, que también se utilizaría para la Torre de Londres de Guillermo.

Un episodio típico de la política de moralización de los ambientes eclesiásticos fue la deposición de Malgery, arzobispo de Rouen, tío de Guillermo por parte de padre. El arzobispo, licencioso y sospechoso de magia. fue condenado en el concilio de Lisieux y privado del título y de sus bienes.

Guilermo reemplazó a sus disipado tío en el cargo de arzobispo de Rouen con un monje de Fécamp, llamado Maurille o Maurilius. La deposición de Malgery fue un nuevo golpe que Guillermo infería, conscientemente o no, a la rama paterna de su familia. A los treinta y dos años, Guillermo no había comenzado aún a mostrar signos de la corpulencia de la vejez. Alto, musculoso, con brazos y piernas largos y fuertes. espaldas anchas y macizas, poseía todo el vigor de la madurez. Existen diecisiete representaciones de su persona en el tapiz de Bayeux: sentado en el trono, en la mesa, a pie o a caballo. A despecho de la imprecisión de los bordados y del paso de nueve siglos, aquellos retratos contribuyen a crear una imagen consistente y duradera de Guillermo. Resulta bastante extraño que él no muestre rastros, si se quita su robustez física, de los orígenes en parte escandinavos. Los cabellos no eran claros, sino muy negros, el rostro y la parte posterior de la cabeza rasurados, según la costumbre normanda. En la sacristía de la famosa iglesia de San Esteban, en Caen, un retrato que se dice de él se asemeja a un retrato de Enrique VIII de Holbein, con una roja mandíbula cuadrada y la barba rubia.

Ojos y cabellos oscuros, con nariz corta y roma como Julio César y el mentón prominente, está sentado majestuosamente en el trono, y tiene en la izquierda el cetro del poder. A caballo, lleva el corto bastón de comandante, y recuerda más a un romano que a un antiguo vikingo.

La conquista del Maine

La última conquista que hiciera Guillermo antes de la invasión a Inglaterra fue en 1064 con la anexión del condado del Maine, y de su capital, la antigua ciudad galo-romana de Le Mans, con una afortunada campaña para la sumisión de la región, a la muerte sin herederos de Herbert II, antiguo aliado de Guillermo contra Godofredo Martel. Era el año 1064. Guillermo fue reconocido como señor del Maine, y en nombre de su hijo, Roberto, rindió homenaje formal a su soberano, el nuevo conde de Anjou, Godofredo el Barbado.

Así, Guillermo de Normandía, luego de años de victorioso batallar contra el antiguo enemigo de Anjou, Godofredo Martel, se vio reducido por la complejidad de las obligaciones feudales a reconocerse vasallo del nuevo conde de Anjou, nieto de su antiguo adversario.

Pero se trataba de asuntos más propios de hombres de ley que de guerra: la espada del Conquistador ya se había afilado, y dos años más tarde de la conquista del Maine comenzó una aventura mucho mayor, la de la conquista de Inglaterra.

Reinaba en Inglaterra Eduardo el Confesor, coronado en Winchester el día de Pascua de 1043. Él era primo de Guillermo, y había vivido durante veinticinco años en Normandía, antes de ser llamado a suceder a Harthacnut, el danés, su hermanastro.

A fines del año 1050, Guillermo visitó a su primo Eduardo. Los escritores normandos no mencionan esta visita, pero un cronista inglés dice brevemente: "El conde Guillermo llegó de ultramar, con gran número de franceses, y el rey lo recibió, con muchos de los suyos, que a él le parecieron amigos, y los despidió luego para que volvieran atrás".

Probablemente fue en aquella ocasión que Eduardo prometió ceder a Guilermo la corona inglesa en caso de morir sin heredero. A continuación, sin embargo, los desacuerdos entre los nobles de directo origen danés, encabezados por Godwin, conde de Wessex, que había sido uno de los favoritos del rey Canuto, en el tiempo en que éste era rey de Inglaterra, Dinamarca y Noruega, y toda la corte normanda de Eduardo, habían llevado al liderazgo del reino del anciano Confesor, a Haroldo, hijo de Godwin. Éste, por la victoriosa campaña realizada contra los rebeldes barones galeses en 1063, conoció su mayor autoridad en Inglaterra; al contrario de su padre Godwin, él gozaba de la estima y en cierta medida del afecto del rey Eduardo.

Por lo menos en Inglaterra, no parece que hubiera rivales en cuanto a la pretensión de sucesión de Haroldo: la mayor parte del país estaba ocupada por miembros de su casa. El único pretendiente legítimo al trono, el único descendiente que había sobrevivido, de la antigua línea de Cerdic, era un adolescente que se hallaba en Hungría, Edgar, hijo de un sobrino de Eduardo. Pero Haroldo Hardrada de Noruega, que se consideraba heredero legítimo de Canuto al reino de Inglaterra, preparaba una flota poderosa para dar fuerza a su pretensión; y más allá de un estrecho mar, más inmediato y peligroso rival, estaba el gran Guillermo de Normandía, a quien el rey Eduardo, en el momento de predominio de los favoritos normandos, había prometido la sucesión. En un encuentro que Haroldo había tenido con Guillermo, según parece en 1064 —los detalles del episodio son oscuros—, aquél se había comprometido con un juramento de fidelidad a Guillermo, y en aquella ocasión habría reconocido su legitimidad a la sucesión de Eduardo. Guillermo, en efecto, haciendo pesar su autoridad, lo había liberado de la prisión en la que había caído, empujado por la tempestad en las costas de Picardía. El juramento pesaría siniestramente, pocos

años después, en la evaluación de la posición de Haroldo en Inglaterra. En el último año de reinado, Eduardo debía entristecerse por la caída de un favorito suyo, Tostig de Northumberland, que fue exiliado por una insurrección de los suyos, probablemente con la complicidad de su hermano, Haroldo.

El Confesor moría el 5 de enero de 1066. En su lecho de muerte, el tapiz de Bayeux muestra la presencia de cuatro testigos: su mujer Edith, el conde Haroldo, el arzobispo Stigand de Canterbury y el condestable o chambelán del rey, Roberto Fitz-Wymark.

Antes de morir, Eduardo habría profetizado los peligros mortales que acecharían a su reino luego de su muerte. Y a pesar de toda promesa de sucesión que en el pasado le hiciera a Guillermo de Normandía, él puso el reino en manos de Haroldo. Los cronistas ingleses son unánimes en cuanto a este punto, y el tapiz de Bayeux muestra a dos notables ingleses que llevan la corona a Haroldo.

Eduardo el Confesor fue inhumado en su nueva abadía de Westminster el 6 de enero de 1066, y Haroldo fue coronado rey de Inglaterra un poco más tarde aquel mismo día. El breve reinado de Haroldo, en las palabras del cronista inglés, fue una época de escaso bienestar; durante el invierno de 1065-1066 Tostig urdía febrilmente conjuras en Flandes, y cuando llegó la primavera abandonó su retiro en las tierras de Balduino para asumir una parte de relieve en el gran drama de 1066. Lejos en el Norte, Haroldo "el Despiadado", el más grande guerrero de aquellos tiempos, héroe de las leyendas nacionales, algunas con música, se preparaba para la última gran campaña de su larga carrera de guerra y de conquista. Y más allá del estrecho mar, en su ducado de Normandía finalmente conquistado y momentáneamente tranquilo, Guillermo el Bastardo proyectaba la terrible venganza por la violación del juramento de Haroldo.

El año 1066

La noticia de la designación de Haroldo llegó rápidamente a Normandía; comenzó en aquel instante la brillante sucesión de actos políticos y diplomáticos con los que Guillermo, decidido a recuperar el título prometido por Eduardo, preparó la conquista de Inglaterra. Su primer paso, probablemente aconsejado por Lanfranc, consistió en enviar una invitación formal a Haroldo en el sentido de renunciar al trono en su favor. Los términos de las cartas respectivas no son bien conocidos, pero el significado cierto: Haroldo se rehusaba duramente.

La primera preocupación de Guillermo, luego del fracaso de las advertencias formales a Haroldo, fue la de ganarse el apoyo del papa. Él ya había conquistado, en virtud de su ejemplar devoción y la pródiga munificencia para con las instituciones religiosas de Normandía y otros sitios, la amistosa consideración de Roma.

Su enviado a Alejandro IV, en Roma, no era Lanfranc sino un diplomático de habilidad no menor, Gilbert, archidiácono de Lisieux. Guillermo apelaba al juicio de Roma contra Haroldo, declarado perjuro y sacrílego, culpable de haber profanado las reliquias de los Santos de la Iglesia, de usurpar el trono de Inglaterra prometido por Eduardo a Guillermo, y de complicidad con su padre, el conde Godwin, en dos antiguos pero no olvidados delitos: el asesinato de Alfredo, el hermano menor de Eduardo, y de sus compañeros normandos, y la expulsión del trono y de Inglaterra del arzobispo Roberto de Canterbury.

La real importancia del reclamo, a los ojos del papa Alejandro y de su brillante y ambicioso consejero, Hildebrando, el futuro papa Gregorio VII, era el papel que Guillermo se había atribuido en el sentido de conseguir la obediencia y la disciplina de la Iglesia inglesa, hasta entonces escandalosamente independiente de los papas, mientras toleraba aún en su clero la costumbre del matrimonio, recientemente denunciada por la Iglesia. Además, era culpable de graves irregularidades en el envío a Roma del tributo anual instituido por el cuidadoso rey Canuto apenas convertido, conocido vulgarmente como "sueldo de Pedro".

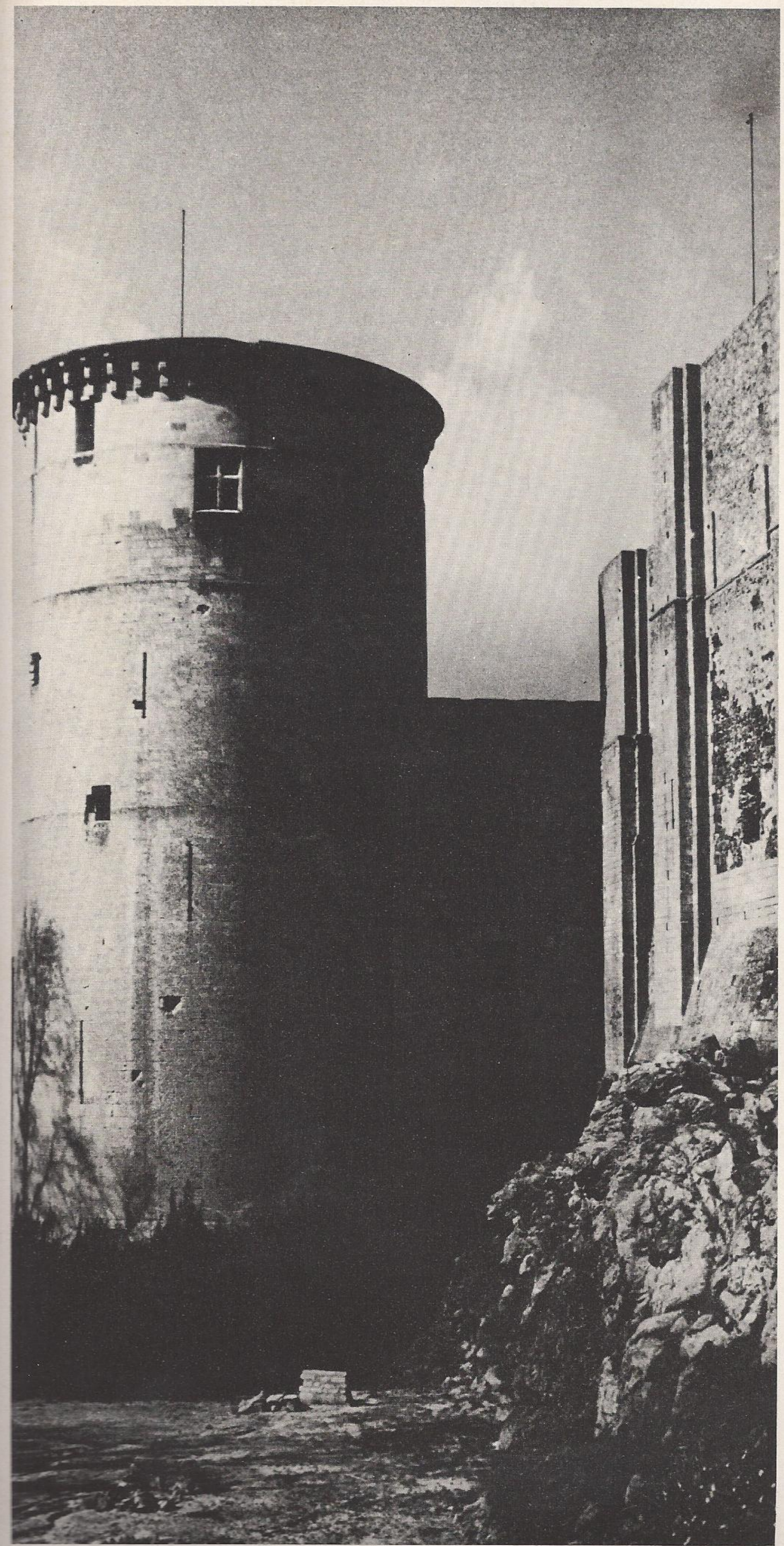
Otra de las acusaciones contra Haroldo se originaba en el hecho de que él era rey por elección. En efecto, los papas habían decidido su favor al principio de la herencia de la monarquía, y eran hostiles a las monarquías electivas vigentes en Inglaterra y en el Imperio Romano germánico.

El papa pronunció su sentencia. Él autorizaba a Guillermo a invadir Inglaterra, a restaurar la obediencia al Sacro Trono de Roma, y a restablecer la tasa permanente del sueldo de Pedro. Además, él le dio al enviado de Guillermo un estandarte bendito, que debía plantarse en las costas de la poco dócil isla. También fortificaba a Guilermo con un cabello y un diente de San Pedro, engarzados en un anillo de diamante. Por último, se le obsequiaba al duque una bula de excomunión dirigida contra Haroldo y sus partidarios.

Así, tres veces armado por el padre de la cristiandad, Guillermo ahora podía llevar la ardiente cuestión ante sus barones, que al principio se mostraron mucho menos entusiastas que los prelados de Roma. Comenzó por convocar a los más grandes hombres del ducado en Lillebonne, en las ruinas de un anfiteatro romano. Éstos, los llamados Hombres Altos, consintieron en que el duque fuera elegido para realizar un desembarco armado en Inglaterra en defensa de los propios derechos, y prometieron darle medios; pero, agregaron prudentemente, Guillermo debía obtener la ayuda de toda la colectividad de normandos, porque era justo que aquellos que eran llamados a pagar el precio, fueron consultados en cuanto a la guerra. Entonces Guillermo reunió en Lillebonne una asamblea más amplia, a la que convocó a los más ricos y renombrados de sus súbditos, capitanes y hombres de iglesia, propietarios y comerciantes. Se dirigió a ellos brevemente, explicando las acusaciones contra Haroldo, el plan de invasión, y revelando los términos del juicio del papa y de la bula de excomunión; luego los invitó a concederle su ayuda en dinero, hombres y naves. La respuesta de la asamblea, largamente discutido, fue negativa, y Guillermo no pudo más que recurrir a una táctica diversa: para vencer a sus valientes, obstinados y recalcitrantes súbditos, desplegó en este punto todos los recursos de su habilidad de diplomático. Escondiendo la cólera, recurrió a un artificio político que fue utilizado con frecuencia a partir de entonces: abandonado el intento de ganarse el apoyo colectivo de sus barones, se encontró en forma individual con los miembros de la asamblea, comenzando por el más rico y poderoso de los disidentes, y le explicó a cada uno que los servicios que él solicitaba no eran pedidos como si fueran debidos por derecho, sino como favor personal: todos ellos participarían de los frutos de la conquista de Inglaterra. Si Guillermo obtenía en la misma oro y honores, todos ellos tendrían su parte. Además, como argumento conclusivo para hombres de su misma raza, prácticos, obstinados, con mentalidad jurídica, él ofrecía garantía escrita de sus promesas, sellada con su gran sello personal. Uno tras otro, los normandos sucumbieron a tal artificio. Ninguno, solo, en presencia del duque, osó oponer resistencia a sus pretensiones: las ofertas de servicios en caballeros y naves, tierras y dinero, eran inmediatamente anotadas por los secretarios del duque, y las primeras ofertas sirvieron como ejemplo a las siguientes. El ejemplo de los grandes de Normandía, barones, obispos y abates, fue seguido por hombres de condición más humilde; la gran empresa de Guillermo ya contaba con el entusiasmo popular. Los comerciantes ofrecían sus propios bienes, los sacerdotes dinero, los campesinos los productos de sus tierras. La publicación de la bula papal, que excomulgaba a Haroldo y declaraba guerra santa la expedición a Inglaterra, incrementó en buena medida el ardor de los normandos al responder a la proclama del duque. También las madres, para salvar el alma, enviaban a sus hijos a enrolarse bajo la bandera del Apóstol.

Guillermo había dado buena publicidad a su bando. A cada hombre de la cristiandad que deseara servicio con lanza, espada o ballesta, él le ofrecía una buena paga y una compensación en tierras del suelo que se debía conquistar.

La respuesta fue inmediata: caballeros y



1

soldados en marcha o a caballo vinieron del resto de Francia y de Flandes, del Maine y de Anjou, de Bretaña y de Poitou, de Borgoña y de Aquitania, de los Alpes y de las ribas del Rin, hasta de las colonias normandas en la lejana Apulia. La reputación de Guillermo como capitán victorioso era bien conocida, así como de amo generoso; hizo promesas de gran importancia a los sacerdotes que bendecían la empresa, a los soldados que combatían a su lado, aventureros o mercenarios, y el Libro del Catastro (establecido en 1086 por orden de Guillermo el Conquistador) documenta que mantuvo su palabra.

Mientras se ocupaba de organizar el ejército para la conquista, Guillermo no descuidó su seguridad en el período en que el grueso del ejército estuviera ocupado en el exterior. Su primer movimiento se realizó con respecto a Felipe, el rey de Francia de catorce años; Guillermo se encontró con él en Saint Germer, cerca de Beauvais, y arriesgando el todo por el todo, le pidió su ayuda en la conquista de Inglaterra, ofreciendo hacer homenaje formal del reino a Felipe, cuando fuera suyo, como si lo hubiera recibido de él. Sin embargo, todo lo que pudo obtener de los consejeros del rey francés fue la promesa de benévola neutralidad, a condición de que Guillermo dejara en las manos de su hijo Roberto el ducado de Normandía, una vez conquistado el reino de Inglaterra. En cuanto al ducado, el mismo Roberto se comprometería a hacer homenaje formal al rey de Francia.

Guillermo tuvo mayor éxito con el hijo del joven rey Enrique V, hijo del anciano emperador y también él destinado a llevar la corona imperial. Enrique lo escuchó con simpatía, y prometió defender a Normandía de toda agresión en ausencia del duque. En este punto, como adquirían cierto ritmo los preparativos diplomáticos y militares para la invasión, reapareció en la escena la alocada, frenética personalidad de Tostig. El hermano más joven de Haroldo es una figura favorita, por lo trágica, de los escritores normandos. Por largo tiempo él había estado en buenas relaciones con Guillermo: se había casado con la hermana de Matilde, Judith (o, según lo que afirman algunos genealogistas de Matilde, una joven tía de ésta). Tostig llegó a la corte de Guillermo a la cabeza de una pequeña banda de aventureros flamencos, reclutados en el territorio del conde Balduino, y prometió ayudar a Guillermo a obtener la corona de Inglaterra si el duque le prometía la mitad del país, comprendido su perdido reino de Northumberland.

Con o sin la ayuda directa del duque, en mayo de 1066 Tostig zarpó de las costas normandas hacia la isla de Weight, cuyos habitantes, que lo conocían como a uno de los condes de la casa de Godwin, comandante en una época de la flota de Eduardo el Confesor, le facilitaron provisiones y di-


ENERVNT



nero; a continuación enfiló hacia las costas meridionales de Inglaterra hasta Sandwich, en Kent, deteniéndose en el camino para darse al saqueo; en Sandwich o en otro puerto de Kent se unión a él Copst, uno de sus partidarios de Northumberland, que había sido desterrado con él el año anterior y que traía sus diecisiete veleros desde la colonia noruega de Orkneys. Luego de asolar las costas y el territorio de Northumberland, rechazado por la región, él se refugió en la corte de su amigo el rey Malcolm, para quien todo enemigo del rey de Inglaterra era bienvenido. Tostig fue huésped de Malcolm por el resto de verano, y probablemente en este período tuvo sus primeros contactos con Haroldo Hardrada de Noruega, cuya intervención en el drama inglés resultaría fatal para él como lo sería para Tostig.

Haroldo Hardrada (*Hard in Counsel*, es decir, rígido en la opinión) fue el último y el más grande de la serie famosa de capitanes escandinavos, cuya gesta perdura en el recuerdo de las leyendas nórdicas: había sido el jefe de la guardia *varega* de los emperadores de Oriente en Constantinopla, y había combatido contra los sarracenos en Asia Menor. En Grecia, donde había defendido a los súbditos del emperador contra los invasores bárbaros, se erigió algunos siglos más tarde un monumento en el que están grabados versos nórdicos que celebran las empresas guerreras de Haroldo. El gran vikingo tenía entonces cincuenta años y estaba en el apogeo de su poder casi de tirano; él prometió alegremente a Tostig su ayuda. En los bosques y en los fiordos de Noruega se construyeron las naves para la gran flota de Haroldo durante aquel largo verano precursor de amenazas. Haroldo tenía en su tesoro un enorme lingote de oro macizo, el producto de una gran masa de joyas fundidas, que él había obtenido durante sus prolongados combates en el este y en el sur de Europa. Aquel lingote, junto con sus esposas y concubinas, seguía a Haroldo en todas las guerras de conquista, y él se proponía ahora agregarle el oro que obtendría en Inglaterra. En tanto, en el continente, la flota normanda se estaba preparando con grandes medios; por lo menos un millar de naves se prepararon en los astilleros del Sena, y fueron pesadamente armadas. A comienzos de agosto de 1066 Guillermo comunicó a las naves la orden de reunirse en el puerto de Dives, en la desembocadura del río homónimo.

Guillermo de Poitiers nos ha dejado una vívida descripción de la escena: el duque, "abandonando todo tipo de saqueo, se hizo cargo de la manutención de cincuenta mil caballeros durante el mes que los vientos contrarios los retuvieron en la desembocadura del Dives, tal era su prudencia y su moderación. Él proveía con abundancia para las necesidades de los caballeros, y de los soldados extranjeros, pero no permitió que se le robara a nadie: las cosechas y los rebaños de los habitantes de aquella región crecieron en los campos con la misma seguridad que si hubieran estado en tierra consagrada; las cosechas esperaron intactas la hoz del segador, sin ser pisoteadas por pura maldad por los caballeros ni saqueadas por los ladrones. El hombre débil o desarmado iba adonde deseaba, cantando sobre su caballo, y veía a los soldados, y no sentía temor".

Mientras bullían los preparativos militares, Guilermo no olvidó la administración interna de Normandía, y tampoco los problemas de la Iglesia. Nombró regente del ducado para el período de su ausencia a la duquesa Matilde, y designó para asistirla a un consejo de barones y prelados, primero entre ellos el veterano Roger de Beaumont, cuyo hijo acompañaría a Guilermo a Inglaterra. En el ámbito de la Iglesia, efectuó dos nuevos nombramientos relevantes: el gran monasterio de Saint Evroul, al que los miembros de la gran familia de los Giroye haban enriquecido con sus donativos y al que el clan rival de los Bellême había despojado (el mismo monasterio en el que, una generación más tarde, el monje inglés Orderic Vital pasaría largos años escribiendo la gran crónica de aquel período), había perdido a su jefe, el abate Osbern; Guillermo lo sustituía ahora con el prior Mainier: y para la propia fundación de Guillermo, la de San Esteban en Caen, el duque nombraba un hombre de iglesia aún más importante, su amigo y consejero Lanfranc, prior del famoso monasterio de Bec.

Guillermo esperó durante un largo mes, en Dives, el viento favorable: el 12 de setiembre el viento no soplaba desde el sur, como se esperaba, sino desde el oeste, pero el ejército había agotado los recursos de la región y estaba impaciente por levar velas; así, él dio la orden de zarpar. Las naves navegaron por las costas de Normandía, pasaron el estuario del Sena, y echaron el ancla en la desembocadura del Somme, en Saint Valéry, en el territorio de Guy de Ponthieu, vasallo ya sometido. Aquí el tiempo empeoró mucho; las grandes mareas habían comenzado pronto y las naves habían sufrido mucho en el viaje a Dives. Por las tempestades o por los encuentros con la flota de Haroldo, lo cierto es que muchas naves normandas se hundieron y muchos cadáveres fueron sepultados en el suelo francés.

Finalmente, los vientos del oeste se calmaron y el tiempo se tornó sereno. Al alba del 27 de setiembre el sol apareció en todo su esplendor.

De inmediato, Guillermo dio la orden de deshacer el campo. Todo aquel día transcurrió dedicado a los preparativos para un embarque inmediato: las tiendas fueron desarmadas, largas filas de caballos fueron llevadas a los transportes, se volvieron a cargar armas y provisiones en las naves, se hicieron sonar los trompetas, y las campanas del monasterio de Saint-Valéry, en el amplio estuario del Somme, resonaron en alegre llamado. Por la noche, Guillermo dio la orden de reunir la flota en la entrada del estuario, y esperó las tinieblas antes de ordenar a las tripulaciones que izaran las velas. Él mismo, en la Môr, abrió el camino a la flota, y las otras naves recibieron la señal de hacerse a la mar desde el gran farol del árbol de la nave "almirante". Al caer la noche el inmenso grupo de veleros zarpó con fuerte viento meridional en dirección a Inglaterra.

A las nueve del jueves 28 de setiembre de 1066, Guillermo, con la mayor parte de su ejército, atracó las naves en la costa inglesa en Pevensey Bay, y desembarcó sin hallar resistencia. La leyenda agrega que cuando Guillermo puso el pie en el suelo inglés, antes que nadie, tropezó debido a su impaciencia y cayó al suelo en toda su longitud. Un murmullo de aprensión se elevó entre los suyos ante aquel mal augurio, pero el duque saltó en pie con una carcajada, las manos llenas de arena: "¡Mirad —gritó—, he tomado posesión de Inglaterra con ambas manos!" Tres días antes de que Guillermo llegara, el 25 de setiembre, el hermano del rey Haroldo, Tostig, con su aliado Haroldo Hardrada, rey de Noruega, que había descendido hasta Inglaterra mientras Guillermo estaba acampado en Saint-Valéry, había sido matado por Haroldo, y su ejército destruido en una memorable batalla en Stamford Bridge.

Pero Guillermo ignoraba tales sucesos cuando pisó tierra en Pevensey, y continuaría ignorándolos durante varios días.

Guillermo en Hastings

Guillermo había desembarcado en Pevensey sin hallar oposición. Una cantidad de campesinos aterrorizados había seguido las operaciones escondidos en los bosques; otro observador, un feudatario de la región, vio los robos y los saqueos perpetrados por los invasores y galopó para advertir al rey. En Pevensey, Guillermo halló los muros destruidos de un antiguo fuerte romano, en torno a los cuales hizo construir rápidamente defensas rudimentarias de arena y fosas para proteger el desembarco de cualquier ataque; pero no permaneció en Pevensey más de lo necesario para proveer a la defensa inmediata del ejército y a las necesidades materiales. Luego de pocos días, hizo trasladar hombres y naves hacia Hastings, que se presentaba como una base más amplia y con mayores defensas, y que se le rindió sin hacer resistencia. En cambio en Rommey, donde había desembarcado cierto número de normandos, éstos sufrieron un violento ataque, y muchos murieron. Guillermo dio orden de erigir en Hastings uno de sus tres castillos de madera, al que más tarde sucedió un castillo de piedra.

Cualesquiera fueran los motivos tácticos que impulsaron a Guillermo a dar saqueo

a la región de Hastings, él logró lo que probablemente era su objetivo principal: hacer que Haroldo se trasladara al sur para darle batalla mientras los normandos estaban todavía estrechamente ligados a sus bases en la costa. Los dos comndantes tenían sus razones en favor de la decisión que por fin se tomó: obviamente, Guillermo necesitaba mantener relaciones con las naves y la vía de comunicación con Normandía, en la eventualidad de una derrota de su ejército; y Haroldo, despreciando la sugerencia de dejar amplio espacio entre sí y Guillermo, en modo de obligar a los normandos a rendirse o a retirarse por hambre, se empeñó en sorprender a Guillermo tan cerca del mar como le fue posible, adonde contaba con arrojarlo con todo su ejército. Luego de una semana en Londres, durante la cual ni los condes Edwin y Morcar, ni ningún feudatario importante de los condados de éstos, aportaron refuerzos a Haroldo, el rey emprendió la marcha hacia el sur; salió de Londres probablemente el jueves 12 de octubre, y durante la tarde del día siguiente llegó al lugar donde pensaba dar batalla.

La batalla que determinó el éxito de la invasión de Guillermo se realizó y fue ganada en un solo día, no obstante lo cual el resultado fue incierto hasta el último momento. En la vigilia de la batalla Haroldo se había dirigido confiadamente a la cima de Senlac y había ocupado su posición en la cresta que enfrentaba a la colina de Telham, sobre la que el ejército de Guillermo habría debido avanzar al proceder de Hastings. Acerca de las dimensiones del ejército de Haroldo se dieron varias versiones: los historiadores normandos la exageran, por razones obvias; los cronistas ingleses, ansiosos por explicar la derrota, reprochan a Haroldo que haya marchado contra Guillermo antes de que sus fuerzas se hubieran reunido por lo menos en razón de la mitad del entero potencial. Los cálculos más verosímiles estiman al ejército inglés entre los siete y los ocho mil hombres, y se puede dudar de que un ejército más numeroso, en el restringido espacio disponible, hubiera podido dar la victoria a Haroldo. La parte más eficiente del ejército inglés estaba compuesta por los *House-Carles*, ejército personal de Haroldo, y por los de sus hermanos Gyrth y Leofwin, con aquello señores feudales y sus séquitos, que se habían unido al rey durante la marcha al sur desde York. Aparte de éstos, pero mucho menos eficientes en el combate, se contaba cierto número de campesinos armados a medias, o a la ligera, decididos a vengar los saqueos normandos a sus campos. Haroldo y sus hermanos, y ciertamente también cierto número de barones, fueron a caballo hasta el campo de batalla, pero ahí desmontaron, ya que los ingleses, a diferencia de los normandos, combatían a pie.

Haroldo había elegido una fuerte posición defensiva, sin duda por mérito de su profundo conocimiento del terreno. La cima de la colina, donde ahora surge la ciudad de Battle, está sobre una línea este-sud-este y está unida por una cresta sutil al altiplano del norte. En dirección de Hastings, el frente y el flanco de la colina descienden hacia el precipicio; a espaldas de la cima un antiguo foso o hendidura del terreno, semiescondido por altas hierbas y matas, y a través del cual corrían dos arroyos, tendría una parte muy importante en el último estadio de la batalla. El terreno que se extendía al pie de la colina, entre Senlac y Telham, era inculto y accidentado, y contribuyó a dificultar los asaltos normandos. La posición de Haroldo en Senlac era una fortaleza de hombres solamente, defendida no por empalizadas, como escribe erróneamente Robert Wase en el *Roman du Rou*, sino por brazos resueltos que rodeaban a las terribles hachas de guerra de los *House-Carles* y por escudos unidos entre sí como los de una falange romana.

Haroldo alzó su estandarte, el Guerrero, con una figura armada bordada en piedras preciosas sobre un tejido de oro, al centro de sus *House-Carles*, y allí, mientras en torno a él sajones y daneses hacían fiesta, bebiendo cerveza y cantando canciones de guerra, esperó el asalto.

El ejército de Guillermo probablemente no comprendía más de los 7.000 hombres atribuidos a Haroldo en tiempos modernos, y también podría ser que fuera menos numeroso, pero incluía un número mucho mayor de tropa con armas pesadas, y su fuerte centro, la caballería normanda, experta en el combate a caballo, se había forjado una buena experiencia en las guerras civiles durante la minoridad de Guillermo. Cubiertos con largas cotas de malla de hierro y yelmos de acero con subrenariz, armados de lanzas y espadas, montados sobre fuertes corceles y precedidos por arqueros y ballesteros, los caballeros normandos constituían una fuerza de choque rápida y mortal. Y muchos de los más famosos capitanes normandos, bretones y aquitanios habían traído sus propias caballerías.

Guillermo se hallaba aún en su campo atrincherado de Hastings cuando Haroldo llegó a la colina de Senlac, el viernes 13 de octubre. Sus espías le refirieron el arribo del inglés, y él avisó inmediatamente al ejército que estuviera pronto a combatir el día siguiente.

Al alba, la larga procesión de caballeros, soldados, arqueros y ballesteros, seguidos por sacerdotes salmodiantes, marchó por ocho millas de terreno ondulado fuera de Hastings; y cuando llegaron al borde de la altura de Telham pudieron ver frente a ellos al ejército inglés reunido en estrechos rangos sobre la cresta de la colina de Senlac.

Guillermo dividió al ejército en tres grandes divisiones; él ocupaba personalmente el centro de la línea, con los caballeros normandos y los escuderos; a izquierda había colocado a la caballería bretona y a los hombres del Maine y de Anjou, bajo el mando de Alain de Bretaña; a su derecha ubicó a los mercenarios franceses y flamencos, con el conde Eustaquio de Boulogne, descendiente de Carlomagno y hermanastro de Eduardo el Confesor, y todos los otros aventureros que se habían reunido bajo su bandera desde el Canal hasta los Alpes. A la cabeza del ala derecha Guillermo puso a sus más fieles compañeros normandos, Roger de Montgomery y Guillermo Fitz-Osbern. Al frente de la caballería pesada hizo desplegar la infantería, armada de espadas y dardos, con breves cotas de acero, y frente a la misma a los arqueros y ballesteros.

Él montaba un espléndido corcel que le ofreciera el rey de Aragón, que le había sido entregado por el veterano Walter Giffard a su regreso del peregrinaje a Santiago de Compostela. Guillermo, por lo menos en las primeras etapas de la batalla, no utilizaba espada ni lanza sino una corta maza, o bastón, con punta de acero. Su hermanastro Odo, obispo de Bayeux, a quien las leyes de la Iglesia le impedían usar lanza o espada en la batalla, llevaba un instrumento análogo, igualmente mortal en la lucha cuerpo a cuerpo.

Cuando los caballeros tomaron su puesto de combate, Guillermo se dirigió a ellos con breves palabras: les recordó la patria, las gestas pasadas, el noble nombre.

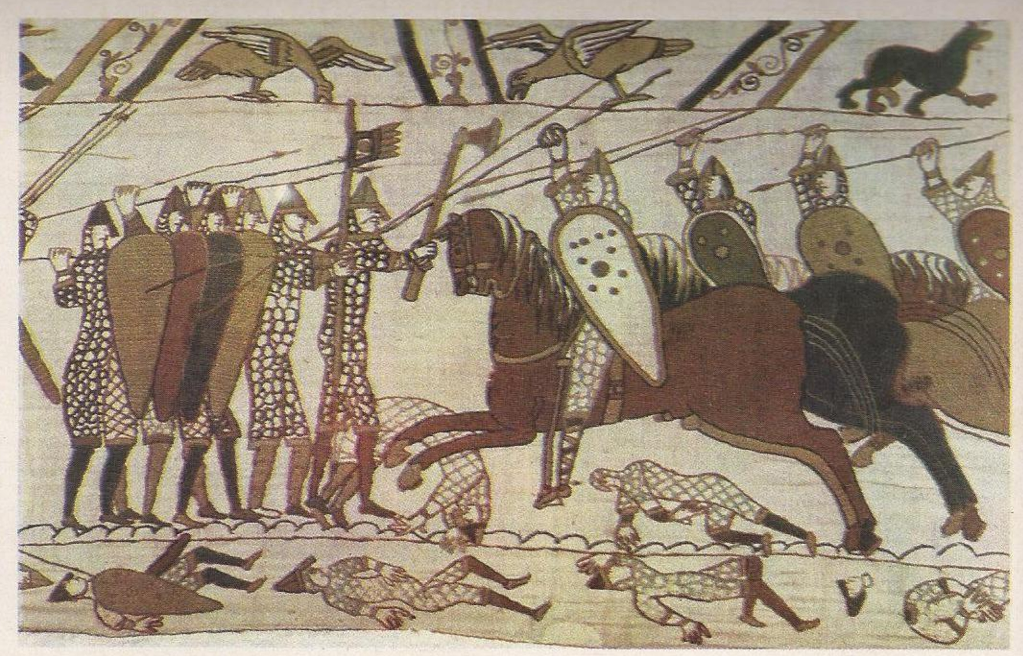
La batalla comenzó a las nueve del sábado por la mañana: era el 14 de octubre de 1066. El ejército multicolor de Guillermo, los brazos y las banderas que se agitaban en la bruma matutina, con un estruendo terrorífico de trompetas y gritos de guerra imposibles de describir, descendieron desde las alturas de Telham bajo los ojos de Haroldo y de los *House-Carles* estrechamente reunidos en torno a la bandera del Guerrero. Al frente del ejército normando galopaba una figura sorprendente. Ivone Taillefer era el poeta de la corte normanda; trovador en los albores de la era caballeresca, él había pedido a su duque permiso para asestar el primer golpe en la batalla. Guillermo había consentido, y Taillefer galopaba ahora a la cabeza del ejército normando, dando sablazos en el aire como un enloquecido: cantaba una canción de las gestas de Rolando y Carlomagno, entonces bien conocidas en Normandía, si bien la clásica canción de Rolando aún no había sido escrita. Taillefer logró lo que deseaba: guió a su caballo por la subida frente al ejército inglés, elevando su canto de guerra y blandiendo la espada; dio el primer golpe de la batalla; mató a un inglés con un golpe de lanza, o un golpe de sable, y cayó, traspasado por una pica inglesa, o derribado por un hacha inglesa.

Por un momento los dos ejércitos habían observado en profundo silencio el gesto de Taillefer. Luego, tan pronto se levantó la niebla de la mañana y el sol brilló en lo

alto, el valle entre colinas se pobló de gritos guerreros, del sonar de las trompetas de los dos frentes, y del sonido sibilante de las flechas de los arqueros del duque. Los ingleses, que a diferencia de Stamford Bridge tenían pocos arqueros, sufrieron estoicamente la lluvia de acero; muchas flechas se detuvieron contra los escudos de cuero, pero muchos hombres fueron heridos o muertos en aquel primer asalto. Luego avanzó la infantería normanda, vestida con cotas de hierro ligeras, al punto de combatir cuerpo a cuerpo contra la barrera de escudos. Los ingleses se defendieron con espadas y dardos, y con piedras lanzadas con hondas, mientras los *House-Carles* de Haroldo rodeaban las terribles hachas; la caballería pesada de Guillermo galopó entonces al asalto, impaciente por haber estado confinada en los márgenes de la batalla, al grito de guerra normando de *Dieux aie!*

Luego de un largo y confuso encuentro los ingleses tuvieron su primer éxito: los bretones, a caballo y a pie, y otros auxiliares que combatían en el flanco izquierdo de Guillermo, aterrorizados por la feroz defensa, repentinamente huyeron de la colina; y todo el ejército, hallándose el flanco izquierdo descubierto, se batió en retirada. Las fuerzas menos disciplinadas del ejército de Haroldo no supieron resistir en la ocasión: el muro de escudos, que hasta entonces se había demostrado como segura defensa contra los golpes de flecha, así como de espada y de lanza, se abrió en varios puntos, y una horda de tropas inglesas mal armadas, enardecida por la batalla y la exaltación del perseguimiento, se precipitó por la pendiente del Senlac.

En tanto, el duque Guillermo, que se hallaba en el centro del combate, fue dado por muerto, y la noticia causó desesperación en los desalentados normandos; también ellos cedieron al pánico de los bretones y se unieron a éstos en la fuga. El espectáculo de sus caballeros en derrota provocó en Guillermo una de sus explosiones de cólera: dirigió su caballo hacia ellos, y cuando estuvo a la altura del primero se volvió sobre la silla, se quitó el yelmo y los enfrentó, lanza en ristre: "Miradme bien, todos vosotros –gritó–, aún estoy vivo, y con la ayuda de Dios venceré. ¿Qué locura os ha impulsado a la fuga? Si huís, ninguno de vosotros escapará a la muerte". Y luego de pronunciar tales palabras se puso a la cabeza de todos ellos y los hizo girar, para hacer frente a los perseguidores, lanzando grandes golpes con la espada que había desenvainado. Los ingleses a pie, ahora abajo en el terreno entre las dos colinas, resultaron fácil presa para los caballeros normandos, que los abatieron hábilmente; en aquella sola fase de la batalla, se narra, mataron alrededor de un millar de ingleses. Alentados por el éxito, los normandos cargaron hacia arriba contra el grueso del ejército de Haroldo, aún rodeado por los escudos en la



1



2



3

cima de la colina. Atacaron y produjeron vacíos en el ejército inglés, que muy pronto volvían a ser cubiertos por otros hombres; la enorme densidad de los rangos resistía todavía los ataques de la caballería, los vivos mantenían en pie a los muertos. En tanto, tres caballos habían sido matados bajo el mismo duque, comprendido el corcel del rey de Aragón; combatiendo a pie, había matado a varios ingleses con golpes de espada y también de escudo. Finalmente, la ventaja táctica que le había procurado la fuga de los auxiliares bretones le dio una idea que aprovechó en dos oportunidades: considerando que no podría obtener ventaja sobre el enemigo mientras se mantuviera en un orden tan cerrado, sin grandes pérdidas, ordenó a sus caballeros interrumpir el asalto y simular la fuga. Y esta vez fue la caballería normanda, más hábil en la maniobra, quien dirigió a las fuerzas aliadas en la operación; buen número de soldados ingleses, creyendo que había llegado la hora de conquistar la victoria, impacientados por la larga y ardua inmovilidad a que habían estado obligados, según un tipo de combate al que no estaban habituados, se precipitaron hacia abajo por la pendiente en persecución del enemigo. Los caballeros en fuga, en este punto se volvieron y los circundaron, y en virtud de la mayor movilidad y de las armas superiores de los mismos, los abatieron en el lugar. Dos veces fue ordenada la maniobra por Guillermo, y dos veces obtuvo éxito, infligiendo graves pérdidas, mientras leves eran las del invasor.

Cuando el breve día otoñal llegaba a su fin, una densa tropa de ingleses mantenía aún su posición en la cresta de la colina, estrechamente reunida en torno al rey Haroldo y al dorado estandarte del Guerrero. Para disgregar a la masa todavía intacta de hombres, para abrir una brecha en el muro humano que siempre los había rechazado —los *House-Carles* con sus grandes hachas y los escudos de cuero sobre los que caían sin hacer daño las flechas normandas—, Guillermo ordenó a los arqueros lanzar las flechas hacia lo alto, de manera que recayeran como una lluvia mortal sobre las cabezas de los ingleses.

Ésta fue la operación decisiva de la jornada: la lluvia de flechas normandas cayó con fatal eficacia; por primera vez, a los sacerdotes que seguían la batalla desde la colina de Telham el movimiento de los cuerpos ingleses que caían les fue más visible que el movimiento de los vivos.

Entre las primeras víctimas de las flechas que caían desde el cielo se contó al rey Haroldo; uno de sus ojos fue golpeado y enceguecido, y si bien continuó combatiendo y dirigiendo al ejército que se debilitaba, la defensa inglesa estaba ya irremediablemente quebrada. Haroldo y Guillermo no se habían encontrado cara a cara durante el combate, pero el hermano de Haroldo, Gyrth, había tenido un duelo con Guillermo. Gyrth había dirigido su lanza sobre el duque, matando al caballo de éste, pero un golpe de lanza normanda, asestado, según algunos, por el mismo Guillermo, mató a Gyrth, y Guillermo salió ileso. El otro hermano de Haroldo, Leofwin, también había sido matado, y no mucho después de haber sido herido por una flecha, Haroldo fue abatido por cuatro caballeros normandos, cuatro de los veinte que habían jurado capturar o matar al rey inglés y apoderarse de la bandera. Haroldo, martirizado por los golpes, cayó muerto: se narra que uno de los caballeros le cortó una pierna, y el episodio está representado en el tapiz de Bayeux.

La muerte de Haroldo sumió en la desesperación a los suyos, y gran número de tropas ligeras del campo inglés huyó hacia el bosque; pero en la cima de la colina de Senlac los *House-Carles* combatían aún, obstinados, y blandiendo las grandes hachas mataban o eran matados hasta el último hombre. Cuando sobrevino la oscuridad, se vio a un gran número de caballeros normandos, que perseguían a los ingleses en el bosque, precipitarse con sus caballos en el zarzal que se extendía, como ya hemos dicho, entre la pendiente de la colina y el bosque, escondiendo un profundo precipicio. En aquel precipicio, que los normandos llamarán más tarde *Mala fosa*, perecieron varios centenares de los caballeros de Guillermo junto con sus corceles, en un caos inextricable, en el cual los ingleses en fuga, vueltos sobre sus pasos, mataban indiscriminadamente con absoluta facilidad.

Cuando llegó la noche, Guillermo era el amo del campo.

Guillermo es coronado rey

Luego de la victoria decisiva de Hastings y de la muerte del mayor antagonista de Guillermo, la conquista de Inglaterra no presentaba más que dificultades tácticas y diplomáticas; el partido favorable al Conquistador, ya existente en la corte inglesa, tuvo buena parte, una vez obtenido el consenso de Stigand, el poderoso arzobispo intrigante y ambicioso, armado de un palio carente de valor que le fuera concedido por un papa cismático, pero rico por el aporte de muchos beneficios eclesiásticos. Éste se arrogó la misión de ofrecerle la corona a Guillermo.

El Conquistador fue coronado el día de Navidad de 1066 en la nueva abadía de Westminster, donde yacen los restos de su primo Eduardo el Confesor, y donde menos de un año antes había sido coronado su adversario Haroldo. La abadía se halla fuera de los muros occidentales de Londres, y por lo tanto la ceremonia se desarrolló sin el peligro de ser interrumpida por las demostraciones hostiles de los ciudadanos. Sin embargo, los normandos tomaron grandes precauciones, tal vez excesivas, como se verá. El rito de la coronación fue realizado por el arzobispo Aldred de York; Stigand, arzobispo de Canterbury, sufrió una evidente mortificación por el hecho de que no obstante su rol prominente en la capitulación de los notables ingleses, Guillermo no accedió a sus deseos de presidir la ceremonia; él debió contentarse, en su calidad de obispo de Winchester, con el puesto secundario de asesor.

Guillermo, entonces, se sentó en el trono de Eduardo el Confesor, y en la iglesia fulgurante de la nueva abadía una nueva corona, fulgurante de gemas, fue colocada por primera vez sobre su cabeza, en lugar de la antigua corona de los reyes ingleses, la que habían usado Canuto, Etelredo el Imprudente, Eduardo y Haroldo, según el testimonio del obispo Guy de Amiens.

Pero antes de que se llegara a esta fase de la larga ceremonia, temidos y nefastos sucesos debían ocurrir; el hecho de que Guillermo, si bien pariente del Confesor, había llegado al trono mediante la conquista y no por legítima sucesión, obligaba a un cambio significativo en el rito de la coronación, y se hacía necesario formular la pregunta formal al pueblo inglés y normando reunido en la Iglesia: si reconocía a Guillermo como a su señor.

La pregunta fue formulada a los ingleses en su lengua por el arzobispo Alfred, y en francés a los invasores por Godofredo, obispo de Coutances, quien había combatido valerosamente en Hastings. Los representantes de las dos nacionalidades respondieron aclamándolo vigorosamente, pero ocurrió entonces una interrupción cómica y alarmante: a los caballeros normandos en armas, de guardia fuera del monasterio, los gritos le parecieron indicio de disentimientos, y decidieron inmediatamente vengarse; actuando según el impulso que a menudo les había servido en los asedios y en las guerras civiles normandas, ellos aplicaron fuego a algunas casas de madera fuera de la iglesia, tal vez con la intención de obligar a salir a los revoltosos. Ante esto, muchas de las personas que se hallaban dentro de la abadía se lanzaron fuera para salvar sus bienes de las llamas y del saqueo, mientras los guardias normandos, a golpes de espada, se abrían paso dentro de la catedral para proteger al duque de imaginarias violencias.

Fue en aquella confusión, entre los gritos de temor y de rabia, las nubes de humo y de fuego en torno a él, que Guillermo el Bastardo fue coronado rey de Inglaterra. Un antiguo narrador nos dice que el arzobispo temblaba al presentar las fórmulas de los juramentos, y que el rey recién coronado también al pronunciarlos. Guillermo prometió hacer justicia y gracia a todos, y gobernar a sus súbditos tan bien como el mejor de los reyes ingleses que habían reinado antes que él.

A tres meses de la coronación, y a seis del desembarco, el Conquistador había instaurado una tranquilidad temporaria en el nuevo reino; ahora podía realizar con razonable seguridad el retorno tan ansiosamente esperado por Matilde en Normandía. Las

naves sobre las que zarpó el Conquistador habían izado velas blancas, un antiguo signo de victoria, en lugar de las brillantes velas multicolores que habían distinguido a la flota de invasión.
Guillermo halló el ducado próspero y en paz, prudentemente gobernado en su ausencia por la duquesa Matilde, aconsejada y ayudada por el veterano Roger de Beaumont, cuyo hijo había combatido en Hastings. El nuevo rey, acompañado por Matilde, realizó una marcha triunfal por las tierras de Normandía, saludado por doquier con respeto, con afecto y con demostraciones de fidelidad. El poder y el prestigio de Guillermo jamás habían sido tan grandes como entonces: él tenía cuarenta años, y estaba felizmente casado y, a diferencia de la mayoría de los soberanos contemporáneos suyos, a diferencia de sus hermanos, de sus barones y también de sus obispos, él no mantenía a ninguna amante; había llevado a Normandía a un grado de prestigio europeo nunca alcanzado desde que su antepasado Rolón había remontado el Sena para asediar a París; y había conquistado, si no enteramente sometido, a la comarca más rica de Europa. Guillermo celebró devotamente la fiesta de Pascua en Fécamp, en el monasterio de Santa Trinidad, donde se rodeó humildemente de obispos y abates, saliendo con pasos furibundos de la iglesia durante la Misa para reprender a los caballeros que, irreverentes, estaban dedicados a diversiones terrenas en el lugar sagrado. El poderoso conde Rodolfo de Mantes, cuya hija era la esposa de Felipe de Francia, se había trasladado a Fécamp con muchos señores franceses para saludar al nuevo rey de Inglaterra en nombre de Felipe.
El primero de mayo de 1067 el rey y gran número de prelados y barones estaban presentes en la consagración de la basílica de Santa María en Saint Pierre - sur - Dives. Allá Guillermo hizo proclamar por su heraldo que la paz en todas sus tierras debía ser gozada por todos, y que los perturbadores de aquella paz, bandidos y rebeldes, serían duramente castigados. El primero de julio fue testigo de la consagración de otra iglesia, la de Santa María de Jumièges. El arzobispo de Rouen, Maurilius, que realizó los ritos de la consagración, murió poco después y los canónigos de la iglesia eligieron como sucesor al ya famoso Lanfranc, que en aquel tiempo estaba a cargo de la nueva abadía de Guillermo en Caen. Guillermo aprobó tal elección, hecho éste que nos indica que él no había pensado todavía en convertir a Lanfranc en arzobispo de Canterbury, en lugar de Stigand. Pero Lanfranc mismo, por sincera humildad, o por notable previsión, decidió lo contrario; él emprendió el largo viaje hacia Roma, para explicarle al papa Alejandro las razones de su renuencia a ser primado de Normandía, y de la elección en su lugar del pío y modesto obispo Juan de Avranches.
Guillermo volvió a Inglaterra luego de pasar ocho meses en Normandía. La primera revuelta contra su régimen ya había estallado y había sido sofocada, pero nuevas rebeliones se estaban formando y su presencia se hacía necesaria. Él confió una vez más el gobierno de Normandía a la fiel Matilde, pero esta vez le asignó la asistencia muy dudosa del joven hijo Roberto, y agregó el más consistente sostén de un consejo que comprendía a aquellos barones y obispos del ducado que no eran necesarios en Inglaterra. Zarpó de Dieppe durante la fría noche del 6 de diciembre y gracias a un viento favorable llegó sin inconvenientes a Winchester.

La revuelta inglesa

Luego de la coronación, Guillermo impuso un pesado tributo al reino conquistado. Él envió comisarios a los condados ya sometidos para realizar un preciso inventario de las posesiones de aquellos que le habían hecho oposición; las tierras de los combatientes de Haroldo en Hastings fueron consideradas como sujetas a la confiscación, y por otra parte, no juzgaría de otra forma en cuanto a un barón normando rebelde, aunque tuviera vínculos de parentesco con él. Todos los ingleses "que estuvieron contra mí en la batalla y que allí cayeron", según las duras y expresivas palabras del Conquistador, pagaban con el legado de sus posesiones.
Los partidarios de Haroldo que habían sobrevivido tenían la posibilidad de rescatar sus tierras con el pago de una suma en plata y oro fijada por Guillermo o sus asesores. Este procedimiento proporcionó una parte del tesoro que Guillermo distribuyó generosamente entre sus caballeros en su primer retorno de Normandía. Además, él adquirió, presumiblemente de Aldred, arzobispo de York, el famoso lingote de oro que había constituido el tesoro de Haroldo Hardrada, y que había sido confiado a las manos de Aldred por Haroldo de Inglaterra, luego de la victoria de Stamford Bridge. La renta que Guillermo obtuvo de Inglaterra sumaba, según la afirmación de Orderic Vital, 1.060 libras esterlinas por día —una suma fabulosa en aquellos tiempos— y aquel total, si bien exagerado, no debía incluir los pagos de los rescates realizados por los sobrevivientes de Hastings, las sumas pagadas como recompensa a los tributos reales, o las tasas que fluían a las cajas del rey.
Guillermo había prometido en el acto de su coronación que observaría las leyes de su predecesor Eduardo; el breve reinado de Haroldo era ignorado por el Conquistador en todos sus actos públicos y en las proclamas como un interregno carente de toda legalidad. La transformación fundamental que originara la conquista fue la transferencia masiva de tierras y honores de manos inglesas a manos francesas y normandas.
Los normandos que habían aportado la mayor contribución financiera a la conquista fueron, como es natural, los primeros en recibir largas recompensas, con feudos y bienes ingentes.
No todas las tierras inglesas fueron distribuidas como compensación del servicio militar. Iglesias y abadías de Francia y Normandía recibieron donaciones permanentes del duque. La abadía de Saint Pierre - sur - Dives, construida cuando Guillermo reunía su flota de desembarco en el gran puerto natural de Dives, tuvo la concesión de las tierras de un inglés de nombre Eduardo. Un monje de Marmoutier recibió los beneficios de una iglesia y de 380 hectáreas de tierra, propiedad en tiempos del Confesor de la abadesa inglesa Leogiffu. El monasterio favorito de Guillermo en Fécamp, que había enviado monjes y armado veleros para la invasión, fue compensado generosamente con tierras e iglesias.
La tranquilidad en la que Guillermo había dejado Inglaterra al volver a Normandía era totalmente superficial.
Los primeros en sublevarse fueron los habitantes de Dover, que designaron como rey a Eustaquio conde de Boulogne; pero la revuelta fue dominada rápidamente, Eustaquio exiliado y sus bienes, Boulogne y dos condados en suelo inglés, confiscados.
Un resultado igualmente magro tuvo la revuelta del condado de Exeter, inspirada por Gytha, madre de Haroldo, en 1068: Guillermo debió organizar una rápida expedición punitiva, y tomó una serie de medidas —construcción de castillos fortificados, presidios— para contener la hostilidad de la población dominada. También la rendición de Cornwales fue realizada en aquel año, que presenció, el día de Pentecostés, la coronación de Matilde de Normandía como reina de Inglaterra. Aquel año nació en suelo inglés su cuarto hijo, Enrique, futuro Enrique I.
Sin embargo, aquel mismo año comenzaba la grave insurrección del norte, donde se habían refugiado los condes Edwin y Morcar, huidos de Londres, y los señores de Northumberland. También esta insurrección fue momentáneamente dominada por una expedición guiada personalmente por Guillermo, quien fundó entonces el poderoso castillo de Warwich.
En enero de 1069 la revuelta estallaba nuevamente, obligando al Conquistador a una rápida marcha hasta York. El clamor de la guerra impulsó a Matilde a volver a Rouen mientras el nuevo rey afrontaba victoriosamente, pero no sin graves pérdidas, un contingente de tropas de invasión de Irlanda, guiado por algunos bastardos de Haroldo.
Desde 1069 a 1071 durarían, cruentas, las campañas contra otro invasor, requerido por los ingleses: Sweyn, rey de Dinamarca. Detrás de las fuerzas danesas, imponentes como aquellas que con Haroldo Hardrada habían desembarcado en Inglaterra tres años antes, se organizó la resistencia de los rebeldes ingleses, una serie de gue-



rreros valerosos y pintorescos, de Edric el Salvaje a Hereward el Vigilante, de los condes Edwin y Morcar a Malcom de Escocia. Con la partida de los daneses derrotados, y la invasión de Escocia, donde Malcom reconoció la soberanía de Guillermo, se concluiría este período de sanguinario ordenamiento del reino de Inglaterra.

Roberto Courtjambes

A partir de 1075, los últimos años del Conquistador se vieron amargados por los desacuerdos con su hijo mayor Roberto, a quien su padre había dado el sobrenombre de Courtjambes, por sus piernas cortas. Éste, intolerante de la autoridad paterna, aspiraba a obtener para sí inmediatamente el ducado de Normandía, al que había regido junto con su madre durante las ausencias del padre. Rechazadas sus propuestas por el Conquistador, pidió ayuda a los feudatarios de Francia y no le costó obtener el apoyo del mismo rey Felipe, quien le cedió su castillo de Gerberoy, donde el joven logró reunir un notable ejército. Cuando supo de aquella nueva amenaza a la paz, Guillermo se hallaba en Rouen, por la Navidad, rodeado de grandes señores de Inglaterra y Normandía. A prisa rehizo su ejército, reforzó las guarniciones de las fronteras y, en pleno invierno, partió para Gerberoy. Con sus soldados ingleses y normandos asedió al castillo durante tres semanas, y cada día bajo los muros dio batalla a los franceses y normandos de su hijo. Finalmente, el castillo de Gerberoy fue tomado, pero sólo después de que Guillermo lograra inducir al rey Felipe a unirse a él y a abandonar la causa de su hijo. Pero, con el tiempo, Guillermo se permitió ceder a las lamentaciones de su reina y a los enviados de Felipe de Francia, y aceptó reconciliarse con el hijo errante. Firmó un tratado que confirmaba el reconocimiento de Roberto como heredero del ducado de Normandía, y Roberto abandonó la fortaleza de Gerberoy y volvió a Inglaterra. Pero esta reconcialiación duró poco más que la anterior. En 1080 el Conquistador envió a Roberto a Escocia al mando de un fuerte ejército de caballeros para evitar que el rey Malcom entrara en Northumberland. La expedición avanzó hasta Falkirk y logró lo que se proponía: Malcom se apresuró a tratar la paz, y Roberto, luego de hacer construir una fortaleza en Newcastle-On-Tyne, volvió al rey muy orgulloso por sus acciones recientes. Pero sus costumbres pródigas, su extravagancia, su arrogancia, no habían cambiado, y cuando Guillermo le reprochó duramente su conducta, Roberto le replicó con insolencia. Él era el único en la corte, salvo el prisionero Roger de Hereford, que osaba desafiar abiertamente al Conquistador. Y entonces, en compañía de adeptos fieles, se retiró de

En la página 74:

1. Los caballeros de Guillermo atacan a los infantes de Haroldo "Telle du Conquest". *Bayeux.*

2. Los últimos defensores de la colina de Hastings, el 14 de octubre de 1066. "Telle du Conquest". *Bayeux.*

3. Escena de la batalla con los caballos volteados. "Telle du Conquest". *Bayeux.*

1. La catedral de Durham.

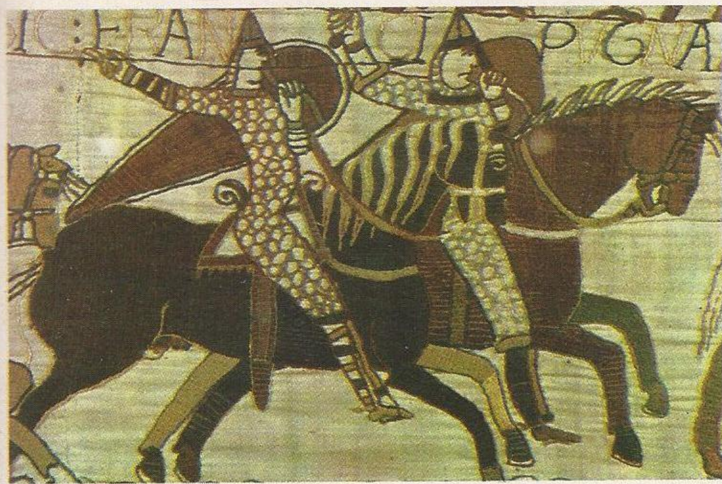
En las páginas siguientes:

1. Arqueros. Detalle del borde inferior de la tapicería de Bayeux.

2. Los caballeros normandos. "Telle du Conquest", *Bayeux.*

3. Guillermo levanta su casco y se hace reconocer. "Telle du Conquest", *Bayeux.*

1



2



3

la presencia de Guillermo para siempre. A su partida, el rey lo maldijo.

Entonces una oscura melancolía envolvió al Conquistador. Sus relaciones con Matilde estaban ensombrecidas por el recuerdo del hijo ausente y rebelde. El desacuerdo enfermó a Matilde, quien murió en Caen el 2 de noviembre de 1083, mientras Guillermo estaba ausente; fue sepultada en el convento de Santa Trinidad que Guillermo había construido por ella. Antes de la muerte de Matilde su segundo hijo, Ricardo, aún demasiado joven para recibir el cinto y la espada de caballero, murió mientras cazaba en el bosque que el Conquistador había creado con la destrucción de dieciséis aldeas, con sus pequeñas haciendas, en Hampshire.

Otras desgracias domésticas habían preocupado a Guillermo y Matilde; la hija de ellos, Ágata, que había sido prometida por esposa al conde Haroldo de Inglaterra durante la famosa visita a Normandía, había sido pedida en matrimonio por Alfonso, rey de Galicia, aquel mismo admirador de Guillermo cuyo caballo había sido matado en Hastings. El pedido había sido atendido, y Ágata, acompañada por una rica escolta de nobles y prelados, había partido en el largo viaje hasta España. Pero como, según se narra, ella había dado su corazón al inglés Haroldo, se sentía desesperada por la perspectiva de desposar a otro, a quien nunca había visto, y murió durante el viaje. Una de sus hermanas, Cecilia, había tomado los velos, y murió como abadesa en el convento de Caen en el que fuera sepultada su madre. De las otras dos hijas de Guillermo, Costanza fue dada por esposa al conde Alain Fergant de Bretaña, y Adela al conde Esteban de Blois. El Libro del Catastro menciona casualmente a otra hija de Guillermo y Matilde; no se sabe cuál de las hijas del Conquistador fue prometida, pero nunca dada, al conde Erwin.

En 1080, mientras Guillermo se hallaba lejos de Normandía, ocupado en una de las frecuentes disputas con el hijo Roberto, otra violenta sublevación contra los normandos había estallado en Northumberland. Ésta fue la oportunidad para que otro de los parientes del Conquistador, Odo, obispo de Bayeux, uno de los más favorecidos en la repartición del territorio inglés, diera alas a su ambición desmesurada. Aplastada cruelmente la revuelta, éste se propuso llevar sus tropas a Italia, para imponer con las armas su propia aspiración al trono pontificio, introduciéndose en el conflicto entre Gregorio VII y el emperador. El proyecto fue desbaratado por Guillermo, quien arrestó al hermano y lo envió como prisionero a Normandía.

También en Flandes la situación había evolucionado en sentido negativo para los normandos; el aliado Balduino V, suegro de Guillermo, había muerto en 1067, y en la agitada sucesión se había instalado en el condado Roberto el Frison, hijo mayor de Balduino V, que había sido desterrado durante el reinado de éste y que reconquistaba el poder con las armas, con la hostilidad de los normandos.

Con la ejecución, el 31 de mayo de 1076, del conde inglés Waltheof, se concluiría cruelmente la última conspiración inglesa de grandes proporciones para el rescate del reino. La conjura fue sofocada prácticamente sin la intervención de Guillermo: normandos e ingleses, sólidamente instalados en el nuevo reino, no tenían interés en que el reino pasara a otras manos.

Guillermo y Lanfranc

Guillermo el Conquistador fue a Inglaterra con la firme intención de llevar a la Iglesia inglesa a un estado similar al de la Iglesia de Normandía, sobre la cual su autoridad de gobernante laico era suprema. Uno de los aspectos más notables de su fogosidad de combatiente era justamente su sincera devoción, pero a despecho de tal devoción al credo y a las prácticas religiosas, y de su deferencia para con el papa en materia espiritual, él tenía sus opiniones en cuanto a las relaciones entre el papado y los príncipes temporales, que anticipaban las de su remoto sucesor Enrique VIII. Él insistió en sus derechos a las investiduras, hizo y deshizo obispos y abates, presidió concilios de la Iglesia y más tarde, durante su reinado en Inglaterra, se negó a permitir que las cartas y las bulas papales circularan sin su aprobación.

En Normandía, él había tratado pacientemente de corregir las corrupciones y los abusos que eran frecuentes en los altos rangos del clero.

El obstáculo principal a la reforma estructural de la Iglesia inglesa era la presencia de arzobispo Stigand en el trono de Canterbury. Otros problemas que Guillermo estaba dispuesto a solucionar eran las confusiones creadas por las cortes de justicia inglesa, competentes tanto en cuestiones laicas como eclesiásticas, y la independencia de hecho de los obispos locales. Hasta que la conquista de Inglaterra estuvo asegurada, Guillermo trató a Stigand con respeto y cortesía.

Pero luego el papa, con plena aprobación de Guillermo, tomó la iniciativa de enviar a Inglaterra una misión compuesta por Ermenfrido, obispo de Sion, y por dos cardenales, Juan y Pedro. Guillermo los recibió con grandes honores en Winchester durante la Pascua de 1070, y en aquella reunión el rey y los delegados examinaron el caso de la Iglesia inglesa.

El resultado de mayor importancia fue la deposición del arzobispo Stigand, lo que permitió a Guillermo realizar el proyecto que había acariciado desde su coronación, es decir, colocar a su amigo Lanfranc a la cabeza de la Iglesia inglesa.

En Windsor, Guillermo vio así realizados los primeros puntos de su plan, que preveía el nombramiento de prelados normandos en los tronos vacantes de la Iglesia inglesa. Tomás, un culto monje de Bayeux, que había viajado extensivamente por Europa y a su regreso había sido nombrado tesorero de la iglesia de Odo, recibió el cargo de arzobispo de York. Walkelin, uno de los capellanes normandos de Guillermo, de quien se dice que era pariente del duque, fue hecho obispo de Winchester.

Un decreto firmado por el rey y aprobado por toda la asamblea nombró luego al estudiante italiano de Pavia a la más alta dignidad de la Iglesia inglesa. En presencia de las mayores personalidades del ducado, el abate de la iglesia de San Esteban de Caen fue solemnemente invitado por los delegados del rey y del papa a aceptar el cargo de primado de Inglaterra. Con su habitual humildad, Lanfranc declinó el ofrecimiento, y dio, como razón valedera del rechazo, su ignorancia de la lengua, y de los usos y costumbres inglesas. Él se mantuvo firme en sus objeciones por algún tiempo, y fue inducido a aceptar sólo mediante una admonición perentoria del papa Alejandro II, que había sido uno de sus alumnos en Bec.

Lanfranc cruzó el mar, aceptó el arzobispado de manos de Guillermo el 15 de agosto de 1070, y dos semanas más tarde fue consagrado por ocho obispos de su provincia en la iglesia de Canterbury, recientemente dañada por un incendio. El primer acto de Lanfranc fue el de imponer la subordinación del arzobispado de York al de Canterbury, si bien originalmente ambas sedes eran consideradas de igual rango. Un concilio reunido en Winchester en 1072 sancionó sus pretensiones, fundadas en parte en una documentación apócrifa, e hizo de la sede de Canterbury el árbitro de la Iglesia de Inglaterra.

Seis años después de su llegada, Lanfranc abordó el problema del matrimonio en el clero. El diligente reformador Hildebrando, que había dado su garantía moral a la conquista, había sido elegido al papado y ahora, como Gregorio VII, había tomado la iniciativa de una serie de decretos que ordenaban cambios sumarios en las costumbres del clero, y en particular en el de la Iglesia inglesa.

Pero Lanfranc, que desaprobaba el matrimonio de los religiosos al igual que Hildebrando, había aprendido a conducirse con lentitud en Inglaterra. En el concilio que tuvo lugar en Winchester el 1º de abril de 1076, el arzobispo admitió con delicadeza una genérica condena de la práctica, y se contentó con imposibilitar los matrimonios del clero con medidas legislativas. El concilio ordenó que ningún canónigo podía tomar esposa, que ningún párroco no casado podía contraer matrimonio, que los candidatos a parroquias y a diaconatos no podían ser ordenados sin una declaración de celibato. Pero el concilio también estableció —y aquí se demostraba el espíritu de compromiso de Lanfranc— que los párracos ya casados no fueran obligados a repudiar a sus esposas.

La tentativa de Lanfranc de interferir en la costumbre inglesa del matrimonio entre los laicos parece haber tenido un éxito mucho menor.

En aquel concilio de 1076 Lanfranc también llevó a efecto el deseo del Conquistador de instituir cortes separadas para juzgar las controversias eclesiásticas. Bajo los antiguos reyes ingleses, los asuntos eclesiásticos y laicos habían sido igualmente examinados en las cortes de las centenas * y los condados. Ya en 1072 Guillermo había decretado que las controversias espirituales no debían ser atendidas en las cortes de las centenas, sino que debían ser juzgadas por obispos. Ahora el sistema de cortes separadas para las controversias religiosas o laicas recibía reconocimiento formal.

La fuerte personalidad del arzobispo de Canterbury, el poder que él derivó de la estrecha intimidad y amistad con el Conquistador, le dieron efectiva autoridad sobre la Iglesia inglesa durante su función de primado. En los años más tardíos del reinado de Guillermo, como durante la revuelta de los condes ingleses, él no fue sólo el jefe de la Iglesia, sino también, durante las frecuentes ausencias de Guillermo en Francia, el verdadero jefe de estado. Guillermo creó solamente una nueva fundación en Inglaterra: la abadía conmemorativa de Battle (batalla), cuyo empinado altar se eleva en el lugar que señalara la bandera de Haroldo en Hastings.

La más grande y más rica realización de Guillermo y Lanfranc durante la colaboración de ambos fue la brillante definición de los deberes del Conquistador de Inglaterra para con el papa. Desde 1066 tanto Alejandro II, bajo la guía de Hildebrando, como Hildebrando mismo, cuando se convirtió en el papa Gregorio VII, habían recordado tácitamente la ayuda ofrecida a Guillermo en la conquista de la corona. El requerimiento fue presentado por el delegado Huberto y rechazado. En 1080, cuando Gregorio reiteró la solicitud de una declaración de fidelidad y del pago del sueldo de Pedro, Guillermo dirigió al papa una carta de brevedad y claridad ejemplares. Rechazaba francamente el primer punto, cedía al segundo: negaba totalmente la fidelidad, diciendo que nunca la había prometido, y que ninguno de sus predecesores ingleses le había transmitido una relación de ese tipo con ningún papa anterior. Pero sus predecesores habían pagado el tributo en dinero, y él deseaba continuar pagándolo.

Un ejemplo ulterior de la política de independencia del Conquistador con respecto al papado se tuvo en 1080 cuando el emperador Enrique IV logró deponer a Gregorio del trono, y se hizo investir con la corona imperial por su candidato al papado, Clemente III. Guillermo y Lanfranc mantuvieron una rígida neutralidad entre los papas rivales, y se rehusaron a pronunciarse por uno u otro.

Fue entonces cuando Guillermo ordenó que ningún papa fuera reconocido, y ninguna carta papal fuera recibida en Inglaterra, sin su orden o permiso; que ninguna norma legislativa podía ser propuesta sin su aprobación en los concilios de la Iglesia inglesa, y que ningún obispo podía llevar a juicio o excomulgar a alguno de sus barones o ministros sin su consenso. Él prohibió también a sus obispos, comprendido Lanfranc, que marcharan a Roma cuando el papa los convocara.

Lanfranc sobrevivió a Guillermo por dos años, luego de la coronación de su hijo Guillermo, el rey Rojo. Fue reemplazado como arzobispo de Canterbury por el grande y santo Anselmo, quien lo había sucedido también en el priorato de Bec.

El Gran Libro del Catastro

El peligro, motivado en desacuerdo internos, de una nueva y poderosa invasión danesa, organizada por el nuevo rey Canuto, fue la causa indirecta de la mayor realización civil del reinado del Conquistador, el Gran Libro del Catastro.

En el Gran Concilio de 1086 Guillermo habló a los magnates del reino acerca de la empresa de gran importancia en la que pensaba: en las expresivas palabras del cronista, "el rey dedicó gran pensamiento y profundamente habló, en el Witan, de esta región, cómo estaba poblada y por qué clase de hombres".

Por razones fiscales y militares, Guillermo decidía que era indispensable un censo del reino y de sus recursos; el resultado del "gran pensamiento y profundo hablar" fue el Libro del Catastro.

La Descripción de Toda Inglaterra, como el Libro del Catastro es denominado en uno de los escritos de Guillermo, es un testimonio único, social, histórico y estadístico de Inglaterra tal como se hallaba a la muerte de Eduardo el Confesor y como se hallaba en el año del gran censo. Ninguna otra nación posee fuentes tan precisas para su historia en el siglo XI. Para obtener las informaciones necesarias y satisfacer la gran curiosidad del Conquistador, cuatro comisarios fueron enviados a cada condado con el poder de convocar ante sí a los administradores del rey, a los barones del condado, los párrocos, los magistrados y todos los otros hombres, franceses o ingleses, que tuvieran la posibilidad de decir según su conocimiento y bajo juramento cómo estaba dividido el territorio en tiempo del rey Eduardo y en el reinado del Conquistador. Toda alusión al reinado de Haroldo se evita cuidadosamente en los registros que resultaron. Los comisarios comenzaron la encuesta preguntando el nombre de toda propiedad territorial, los nombres de aquellos que la habían poseído "en los días en que el rey Eduardo aún estaba vivo y muerto" y de aquellos que la poseían en el momento de la encuesta. Las preguntas siguientes concernían al número de *erides* [medida agraria] de las propiedades, el número de los animales de arado, que competían a la propiedad y los campesinos, y cuántos sirvientes, esclavos, libres y titulados contenía la propiedad. En este punto seguían las preguntas relativas a la descripción del terreno en bosque, prado o pastura de la posesión, y de los molinos y los viveros de los peces. También se solicitaba una estimación de la propiedad en 1066 y en el tiempo de la encuesta, y se solicitaba una opinión acerca de la producción de entonces con respecto a la de 1066. El censo estuvo completo en menos de un año, y se halló en manos del rey antes de fines de 1086, lo que consistía en un resultado extraordinario para aquella época. El nombre de *Domesday Book* (Libro del Catastro) —evocación del Day of Doom (día del juicio universal)— fue dado al censo por los súbditos de Guillermo, y expresa con elocuencia la aprensión que sufrieron. Los rollos de pergamino en los que los ministros del rey escribían los registros en latín, fueron luego encuadernados en dos volúmenes, uno concerniente a los condados de Essex, Norfolk y Suffolk, y el otro dedicado a los condados del centro y del sur. La situación de Inglaterra del norte, devastada por orden del Conquistador durante los años de la revuelta, fue significativamente excluida del censo. Los rollos de pergamino fueron repuestos en el tesoro del rey en Winchester luego de su realización. Un tercer censo, realizado en los condados del suroeste, produjo el denominado *Exon Domesday*, que se conserva ahora en la Catedral de Exeter, pero esta última encuesta no debía formar parte del histórico Libro del Catastro, conservado en la oficina del Registro de Londres.

Guillermo permaneció en Inglaterra mientras se efectuaba la gran descripción del país y del pueblo; en Pentecostés, que como era habitual festejó en Westminster, hizo caballero a su hijo menor Enrique, y poco después, el 1º de agosto de 1086, convocó una asamblea extraordinaria de prelados, barones, y de los principales propietarios territoriales, en Salisbury Plain. En aquella asamblea Guillermo anunció su deseo de que todo hombre libre del reino hiciera juramento de fidelidad a su persona. La nueva ley de obediencia disminuyó en modo considerable el peligro de una revuelta de los barones contra el rey, como se vio en los primeros años del reinado de Guillermo el Rojo.

La gran asamblea de Salisbury Plain no cambió la relación de feudalismo entre Guillermo y sus mayores barones; simplemente la clarificó, y llevó a los estratos más bajos de la sociedad anglo-normanda a un contacto más directo con el rey.

Los últimos años

En sus últimos años Guillermo fue el amo indiscutido de Inglaterra. Había conquis-

* Jurisdicción judicial de tradición sajona.

tado Gales, reducido al rey de los escoceses al rango de vasallo; de haber vivido dos años más, escribió un escritor contemporáneo, habría conquistado Irlanda. Los ingleses y los normandos vivían juntos en paz, se había dado cierto número de matrimonios mixtos, y Guillermo había hecho un valeroso esfuerzo por gobernar como un rey inglés, según las leyes del rey Eduardo. Él no había progresado mucho en la pequeña empresa de aprender la lengua inglesa en los cuatro años de la conquista, tarea emprendida con la intención de escuchar personalmente las exigencias y peticiones de la nación que había conquistado.

Había atemorizado el corazón de sus enemigos e inspirado respeto a sus súbditos, pero el retrato suyo ofrecido en la ingenua descripción de un inglés que había visto al Conquistador en su corte, no le era completamente favorable. En el mismo se lo muestra como a un gran rey bíblico, un hombre muy sabio y muy rico, y objeto de una veneración mayor, más intensa, de la que gozaran los reyes ingleses que lo habían precedido. Era excesivamente duro para con todo lo que se oponía a su deseo, pero dulce con los hombres buenos que amaban a Dios; era severo y despiadado a efectos de preservar la paz del país, y como su gran antepasado Rolón el Jefe eliminó los robos y castigó incansablemente a los ladrones. Llegó a ser proverbial durante su reinado que se podía ir de un extremo al otro de la Inglaterra de Guillermo con la bolsa llena de oro. Y la violencia era igualmente reprobada: "Ningún hombre ose abatir a otro hombre, porque un hombre nunca pudo hacerle tanto mal a otro." Los atentados a la castidad femenina eran castigados duramente con la mutilación del culpable, y el cronista que lo recuerda aprueba claramente esta forma de castigo.

Guillermo había prohibido severamente la pena de muerte, aun para el caso de homicidio. Nadie fue ajusticiado durante su reinado, y con la única excepción de la decapitación del conde Waltheof, ningún hombre fue enviado a la muerte luego de un proceso. El Conquistador también legisló en el sentido de suprimir el comercio de los esclavos; San Wulfstan ya había denunciado severamente a los comerciantes de Bristol. Todo hombre a quien se reconociera culpable de vender a otro hombre del país era condenado a la confiscación de sus tierras y sus bienes.

Una de las más curiosas ordenanzas de Guillermo regulaba las controversias entre los conquistadores y los conquistados: toda nacionalidad era legalmente considerada igual a la otra, pero a cada una se le concedía el uso de su propia ley. Guillermo había introducido la costumbre de realizar tres asambleas anuales de barones y prelados, en Navidad, Pascua y Pentecostés, no sólo para celebrar las grandes festividades de la Iglesia en su presencia, sino también para discutir los asuntos del estado y solucionar las controversias entre los súbditos más importantes. El Gran Concilio, al que asistían todos los barones y los grandes jefes de la Iglesia, reemplazaba al antiguo *Witangemot* inglés como asamblea nacional. Los embajadores de las naciones extranjeras que llegaban en aquellos períodos a la corte de Guillermo, volvían llenos de admiración por el esplendor de rey y de su corte.

Parece indudable que luego de la muerte de Matilde y la partida de su hijo Roberto, Guillermo se tornó aún más duro y malhumorado que nunca; insinuó el terror aun entre los normandos de su corte, y ahora que Odo estaba en prisión, ya no se hallaban presentes los compañeros de su juventud, como el alegre Guillermo Fitz-Osbern, para reprocharle abiertamente sus maneras coléricas y tristes. Lanfranc sólo hacía uso de su autoridad espiritual y de su mayor edad (le llevaba a Guillermo más de veinte años de edad) para hablar francamente con el rey, pero no lograba rescatarlo de la depresión de espíritu que lo abatía de tanto en tanto. Sólo la acción, y la acción de mayor violencia, podía conseguir este propósito, y la acción sería necesaria a poco.

Guillermo había amasado una inmensa fortuna en oro y plata. Él había heredado el tesoro de los reyes ingleses y tuvo una renta considerable de las tierras de la Corona que habían sido concedidas al mayor postor, de las recaudaciones de las causas jurídicas y de los tributos pagados por los comerciantes de la ciudad como compensación por documentos y otros privilegios. La mayor parte de los pesados impuestos que se mantenían sobre el país se justificaba sin duda por la necesidad de pagar un ejército de mercenarios reclutados para afrontar la amenaza de la invasión danesa. Pero no todo lo recaudado con los impuestos llegaba al tesoro real. Guillermo estaba mal servido por la avaricia y la arrogancia de los administradores y síndicos, que se enriquecían con ganancias ilícitas. Otra imputación que se le hacía al Conquistador era la crueldad de su ley forestal, y la destrucción de las haciendas de Hampshire para crear el *Bosque*.

No sólo los campesinos lamentaban que sus casas e iglesias fueran destruidas para hacer un bosque para el "alto ciervo"; también los súbditos ricos del rey habrían protestado ante este procedimiento, pero Guillermo "era tan inflexible que no se preocupaba del odio de éstos, sino que todos debían seguir la voluntad del rey, si deseaban vivir y tener las tierras y los bienes y la paz del rey". Es posible que al crear el *Bosque* Guillermo estuviera impulsado en parte por consideraciones estratégicas, en parte por recuerdos nostálgicos de Normandía, donde los grandes bosques en los que tan a menudo había cazado, señalaban los territorios de confín del ducado. Guillermo había dejado Inglaterra a fines de 1086, y el único recuerdo de sus actividades a partir de entonces y hasta el estallido de la guerra en la que halló la muerte, es que le permitió a Ewelino Edgardo, el último sobreviviente de la estirpe de los reyes ingleses, abandonar su corte y partir hacia la colonia normanda de Apulia con doscientos caballeros.

La última guerra de Guillermo se originó en una antigua controversia de fronteras sobre los dominios directos del rey de Francia y Normandía. La primitiva concesión de Normandía a Rolón, las tierras entre el río Andelle y el río Oise, conocidas como Vexin, habían sido alternativamente reclamadas por los reyes franceses y los duques de Normandía. Luego se había llegado a un compromiso por el cual los reyes franceses tenían una parte de Vexin, aquella entre el Epte y el Oise, gobernada por los condes de Mantes, y los normandos tenían las tierras entre el Epte y el Andelle. Pero cuando el duque Roberto, padre del Conquistador, ayudó a volver al trono disputado al rey de Francia, Enrique, el monarca agradecido le dio al duque normando la soberanía sobre el condado de Mantes. Pero en 1071 el rey Felipe había anexado formalmente el condado. Durante los diez años que siguieron fueron frecuentes las correrías de frontera entre el Vexin francés y el normando.

En los últimos días de julio de 1087 Guillermo, reaccionando a la provocación, ordenó a sus hombres marchar sobre Mantes, por el camino que costea el Sena desde Rouen a París. Las mieses estaban en los campos, los racimos en las viñas, y las manzanas en los árboles: los normandos signaron un surco de devastación a medida que avanzaban, y antes de llegar a Mantes hallaron que la guarnición francesa había abandonado la seguridad de los muros para ir a ver las viñas y las cosechas arruinadas. Cuando la vanguardia del ejército de Guillermo llegó a la ciudad, defensores y asediados se reunieron junto a las puertas. Mantes, llamada actualmente Mantes-la-Jolie, debía ser aun más bella entonces, con la gran iglesia que se perfilaba contra el cielo y se reflejaba en las aguas del río, su puente sobre el Sena, sus casas de madera y piedra, las numerosas abadías. Al mando de Guillermo, fueron encendidas las candelas en la fortaleza de confín del rey francés, el fuego se extendió a las iglesias y abadías, quemó las casas de madera, los techos de madera, y las construcciones de piedra, llenó las calles de astillas inflamadas.

Galopando triunfalmente entre las llamas y la confusión, los gritos, el humo de la ciudad incendiada, el Conquistador debe haber constituido un espectáculo terrible y maravilloso para sus caballeros y para sus víctimas; la enorme complexión, el porte majestuoso, la fiera mirada amenazante, reavivaron en el recuerdo de los franceses los relatos de los terribles vikingos que habían invadido Mantes y todo el valle del Sena

cerca de dos siglos antes, en camino para asediar a París. Guillermo estaba arrebatado por la pasión de la batalla y el ansia de venganza; cabalgaba por la ciudad, incitando a sus hombres a incendiar y destruir. Y la compensación llegó: su gran caballo de batalla, al chocar contra un gran tizón ardiente en el exterior de una iglesia, se encabritó; Guillermo cayó violentamente contra el pesado pomo de hierro de la silla y logró mantenerse a caballo, pero había recibido un golpe mortal. Consternados, los hombres de la escolta lo ayudaron a desmontar, a quitarse el yelmo y la cota de malla de hierro. El Conquistador fue colocado sobre una litera y llevado con todo cuidado a Rouen. Los campesinos normandos que trabajaban en los campos, al ver el desolado retorno del duque prorrumpieron en dolorosas lamentaciones: la guerra contra Felipe, que de haber sido victoriosa habría podido cambiar la historia anglo-francesa, había terminado en un desastre. Pocas semanas después, en San Gervasio, cerca de Rouen, en una pequeña celda del priorato, Guillermo el Conquistador yacía en el lecho de muerte.

Pero contaba sesenta años, y murió en el vigésimoprimer año de su reinado en Inglaterra, y en el quincuagésimosegundo desde que Roberto el Magnífico le había dejado el ducado de Normandía.

La herencia del Conquistador se dividía: a Roberto le correspondía Normandía, mientras Guillermo reinaría, coronado por Lanfranc, sobre Inglaterra. Un monumento engastado en oro, plata y piedras preciosas, obra del inglés Otón el Orfebre, fue erigido sobre la tumba del Conquistador, en Caen, por el afecto, si no la devoción, de su ateo hijo Guillermo. El mismo lleva una inscripción en latín ornado, compuesta por Tomás, arzobispo de York. La tumba fue profanada en el curso de los siglos, y el monumento original con sus gemas desapareció. El sarcófago fue abierto en 1152 para satisfacer las curiosidades de un cardenal italiano y dos obispos. Los restos de Guillermo habrían sido hallados muy bien conservados, y su fisonomía tan perfecta que permitió se le hiciera un retrato. Diez años más tarde, durante las guerras de religión en Francia, la tumba fue destrozada, el cadáver desmembrado y disperso. Un monje de la abadía consiguió esconder un fémur, un tercio más largo, se dice, que el de un hombre normal. El fémur era sepultado nuevamente ochenta años más tarde en otro sarcófago, pero ni éste ni su contenido sobrevivieron a la furia de la revolución francesa.

Hoy sólo una tumba vacía y una inscripción, en la iglesia de San Esteban, cuyas torres gemelas, sutiles y fuertes, constante ilustración de su carácter, se alzan sobre la moderna ciudad de Caen, y una gigantesca estatua en su Falaise nativa, honran la memoria de Guillermo el Conquistador.

Epílogo

La conquista normanda fue el suceso más notable de la historia inglesa. La misma cambió definitivamente el futuro de Inglaterra. De remoto reino isleño en los mares del norte, dividido entre sajones y daneses, y periódicamente amenazado de invasión por los belicosos reyes escandinavos, los ingleses se convirtieron en súbditos de un estado anglonormando, unido bajo el firme gobierno del primer Guillermo. Se había forjado el anillo vital de la larga cadena de circunstancias que hizo de Inglaterra una nación para siempre ligada, aun por la guerra, a Francia y a Europa occidental. Las relaciones con los pueblos del norte, que eran estrechas bajo el imperio anglo-danés-noruego del gran Canuto, se interrumpieron decididamente; la nación inglesa y la escandinava, si bien estrechamente unidas por consanguineidad y simpatía, no volvieron a estar ligadas, por conquista o libre consenso, en una monarquía común.

La introducción de usos y costumbres normandos y de la lengua francesa romance, aquellas mismas adquisiciones efectuadas más de siglo y medio antes, cuando los vikingos de Rolón aceptaron la conversión al cristianismo, cambiarían en buena medida el carácter de la nación inglesa.

Los toscos festines de los guerreros sajones y daneses de Haroldo, el gusto de ellos por los brindis y el canto, permanecerían como características de Inglaterra hasta nuestros días; pero como el hacha de guerra de los *House-Carles* en Hastings cedió el campo a las lanzas y finalmente a las espadas de los normandos y sus sucesores, también el aspecto de la nación en tiempo de paz sufrió mutaciones. La introducción de gran cantidad de monjes y caballeros normandos, con su familiaridad con las ciudades italianas y francesas, sus castillos e iglesias de piedra, las cabezas bien peinadas y los rostros rasurados, la costumbre de beber vino, dio a la maleable escena inglesa una variedad y un vigor de los que antes carecía.

Los invasores normandos, una raza de guerreros, de sacerdotes y de administradores, antes que de hombres de arte y de pensamiento, no aportaron ninguna tradición de poesía, de literatura y de artes decorativas, comparables a las de la Inglaterra anglosajona. El tapiz llamado de Bayeux, el más atrayente e informativo registro contemporáneo de la invasión, fue realizado probablemente, por mujeres inglesas hábiles en el arte del bordado, si bien los hombres que contribuyeron a la descripción detallada de las escenas y los personajes eran sin duda alguna normandos. Es característico que tanto Guillermo como su hijo el Rojo recurrieran al arte de los orfebres ingleses Teodorico y Otón, que aparecen mencionados en el Libro del Catastro, y eran ambos artesanos que residían desde hacía largo tiempo en Inglaterra, aunque fueran de origen germano. También debe recordarse el estupor que provocaron los trajes bordados en oro de los condes ingleses de rubias cabelleras que acompañaron a Guillermo en su primer retorno triunfal a Normandía, y la vajilla de oro y plata, las colgaduras bellamente bordadas que Guillermo llevó de las iglesias inglesas. Los normandos, obviamente, no estaban acostumbrados a tan refinado artesanado.

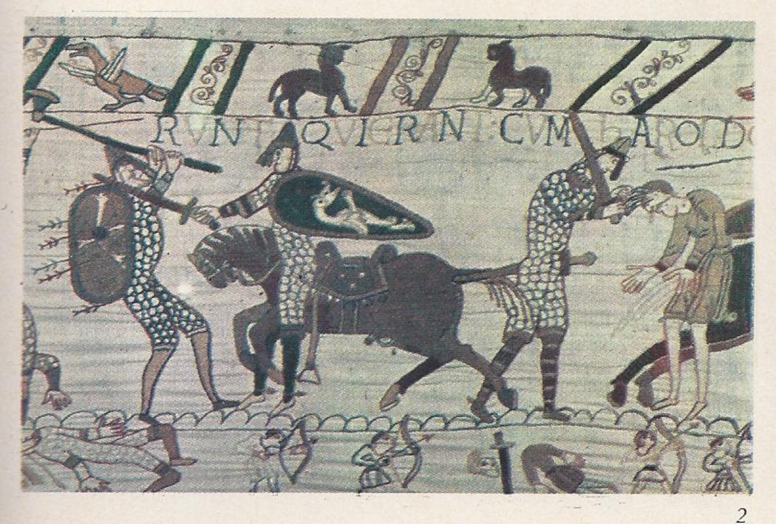
En las artes, la única pero importantísima contribución de los normandos fue la arquitectura. Ellos construyeron, además de los numerosos castillos y fortalezas, entre ellos la Torre de Londres, una serie notable de iglesias en estilo románico, que por entonces era moda en toda Francia.

Un importante resultado de la conquista fue la introducción en Inglaterra de la lengua francesa romance. Limitada durante el reinado de Guillermo a la corte real, a los hombres y a las mujeres de la nueva aristocracia normanda y a los ingleses de todas las clases en contacto directo con los normandos, la misma fue adquirida gradualmente por los ingleses más ricos. Por su parte, los normandos, inspirados tal vez en el ejemplo del Conquistador, aprendieron algunas nociones de inglés, si bien la primera generación después de la conquista sólo habló la lengua francesa. Guillermo de Normandía fue único en muchos sentidos entre los reyes ingleses: fue el único gobernante de Inglaterra que se convirtiera en rey mediante la conquista, y ningún otro invasor desembarcó en suelo inglés después de él; nunca antes o después un soberano inglés gobernó como él a conquistadores y conquistados, con mano tan firme y con tanta justicia. Él dió nuevas leyes al país sin destruir las antiguas, un gobierno central, un sistema de defensa militar basado en el arriendo de la tierra, y mantuvo también el sistema del gobierno regional y de los tribunales regionales que era la mayor realización del antiguo estado inglés.

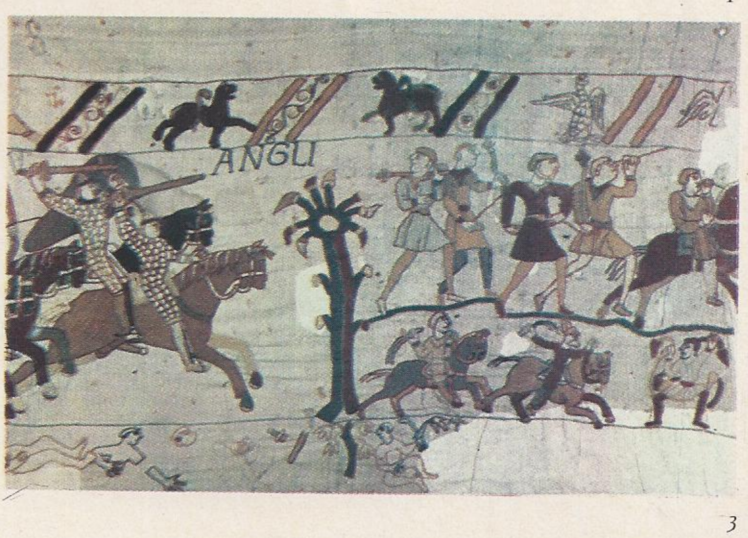
En su inflexible resolución, en su fuerza de carácter, en la amplia visión del gobierno como de una ciencia y al mismo tiempo de un deber, y en su tranquila fe en su propio destino como instrumento del deseo divino (una concepción muy distinta del Derecho Divino de los reyes Estuardo), Guillermo sobresalió aún entre sus mayores predecesores y sucesores. Su credo obstinado en su propia misión resulta comprensible cuando se recuerda el curso prodigioso de su vida, desde la infancia oprimida por las amenazas, y la forma en que la Providencia parecía velar por él, para guiar sus pasos y proteger su camino.

Fue conocido por los hombres que lo siguieron como Guillermo el Grande, y el título se justificaba: también cuando la buena fortuna pareció abandonarlo supo afrontar la adversidad, la derrota y la muerte con noble vigor. Hubo una nota de grandeza en todo lo que él emprendió, en

1



2



3

1. *La revancha de los normandos.*
"Telle du Conquest", *Bayeux.*

2. *La derrota de los sajones.*
"Telle du Conquest", *Bayeux.*

3. *La dispersión del ejército sajón.*
"Telle du Conquest". *Bayeux.*

1. Monumento a Guillermo el Conquistador en Falaise.



1

todo lo que realizó. Había una nota de grandeza aún en sus errores, aún en sus delitos.

Bibliografía

Guillermo de Poitiers, *Gesta Willelmi ducis Normannorum et regis Anglorum*, Guizot, París, 1826; *Guillermo de Jumiegesm Gesta Normannorum Ducum*, Guizot, París, 1826; Orderic Vital, *Historia Ecclesiastica*, Guizot, París, 1826.

Edward A. Freeman, *History of the Norman Conquest*, 5 vols., Oxford, 1867-79; Guillermo de Malmesbury, *Gesta Regum*, ed. W. Stubbs, 1887-9. J. H. Round, *Feudal England*, Londres, 1895; F. R. Fowke, *The Bayeux Tapestry*, Londres, 1898; F. M. Stenton, *Anglo-Saxon England*, Oxford, 1947; F. M. Stenton, *William the Conqueron;* Londres, 1948; F. M. Stenton, *The Bayeux Tapestry*, Londres, 1957; H. Haskins, *Normandy under William the Conqueror*, Nueva York, 1909; C. W. David, *Robert* Harmer, *An Anglo-Saxon Chronicle*, Manchester, 1926; H. Prentout, *Guillaume le Conquérant: Legende et Histoire*, Caen, 1927. L. Delaruc Mardrus, *Vie de Guillaume Conquérant*, París, 1936; J. de la Varende, *Guillaume le Bâtard Conquérant*, París, 1946; D. Whitelock y otros, *The Normans*, Londres, 1966; D. J. A. Matthew, *The norman conquest*, Londres 1966; F. Barlow, *William I and the Norman Conquest*, Londres, Engl. Un. Press, 1965.

En trad. española: Ch. Petit-Dutaillis, *La monarquía feudal en Francia y en Inglaterra;* U.T.H.E.A. México, 1965.

ESTE ES UN TEST PARA USTED, LECTOR

1 Ante la posibilidad de tener un hermoso volumen encuadernado, ¿usted se siente muy cansado, piensa que es mucho trabajo conseguirlo? (SI/NO)

2 ¿Se pregunta si vale la pena molestarse para conseguir un volumen así? (SI/NO)

3 ¿A usted le importa que su colección le dure más tiempo? (SI/NO)

4 ¿A usted le interesa aumentar el valor de la obra que está coleccionando? (SI/NO)

5 ¿Usted siente la diferencia que hay entre manipular fascículos y tomos encuadernados, que no se desordenan y lucen más en su biblioteca? (SI/NO)

6 ¿Usted tiene interés en enriquecer su colección con índices generales y de ilustraciones? (SI/NO)

Si contestó "sí" a la pregunta 1 y "no" a todas las demás, su actitud es contradictoria. Usted colecciona los fascículos mecánicamente, pero en realidad no cuida su colección. Debe revisar su actitud.

Si contestó en forma despareja, usted está un poco desorientado con respecto a su colección. Lea atentamente las preguntas y respuestas correctas y comprenderá que, sin esfuerzo, puede mejorar su colección.

Si contestó "no" a la pregunta 1 y "sí" a todas las demás, es casi seguro que usted ya ha canjeado sus fascículos de CAPITULO UNIVERSAL por los tomos encuadernados que aparecieron hasta ahora. Usted valora su colección y la cuida.

Lea las instrucciones al dorso

recio de OS HOMBRES

ARGENTINA:
Nº 117 al Nº 107 $ 1,50 m$n 150.-
Nº 106 al Nº 1 $ 2,50 m$n 250.-

COLOMBIA: $ 7.- MEXICO: $ 5 PERU: S/. 18

URUGUAY: $ 90 VENEZUELA: Bs. 2.50